
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
ACCION INAUDITA
C. AUBREY RICE.


C. AUBREY RICE
ACCION INAUDITA
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

DEPOSITO LEGAL V.—92.—1958
PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTÍSTICA - VALENCIA



CAPITULO PRIMERO

Jane Nickman y Gerald H. Bruce, respectivamente, habían

adoptado las personalidades de capitán Yhakotri, de la Segunda División Femenina de la Muerte, y de capitán Sihteku, del Tercer Cuerpo Mortal, astronautas ambos del Ejército Suicida uraniano, con los cuales se encontraban identificados.

Mas era inevitable que las citadas identificaciones las llevaran un poco como «prendidas con alfileres» sobre sus verdaderas personalidades: cuatro días, lo que duró el viaje desde la Luna a Urano[1], no es tiempo suficiente para estudiar con detenimiento las miles de facetas de un carácter, sobre todo si se abriga el extraordinario propósito de apropiárselo.

Ahí radicaba gran parte del tremendo peligro que corrían los dos audaces agentes secretos terrestres. Aun habiendo asimilado por completo los gestos, los ademanes y las voces de los capitanes de referencia, el más leve descuido les acarrearía, cuando menos, la muerte ante el piquete de fusilamiento.

Y cuando más, la desintegración inmediata, fulminante, instantánea.

Difícilmente podrían salvarse de perecer de una forma o de otra. La lucha en que estaban empeñados era una lucha a ultranza, de poder a poder, de inteligencia a inteligencia, y el riesgo, no diremos flotaba, se alzaba como un impenetrable muro contra el que iban a estrellarse.

Aunque, como es lógico, lo disimulaban, tanto miss Nickman como Bruce, guiados por un soldado y rodeados de millares de ellos, se dirigían muy preocupados al despacho del general Rhukata, Organizador del Cuartel General de Zantro (Urano), capital del Imperio del Sol Poniente.

Después de haberse puesto sobre sus respectivos «monos» de vuelo sendos quimonos de oficial—de amplias mangas y brillante corrido, por el estilo a los que usan los pueblos orientales de la Tierra—, que les facilitaran en el cuerpo de guardia, caminaban a disgusto por un curvado pasillo, en la zona septentrional de la esférica y enorme construcción del Cuartel, sintiendo a cada paso, bajo los rápidos latidos del corazón, los golpes de sus emplomadas sandalias en el piso de aluminio.

Sobreponiéndose por momentos, antes de que el soldado se detuviese delante de una puerta ovalada, los agentes del Servicio de Inteligencia Intersideral tuvieron ocasión de pintarse sus moradas caras triangulares con mutuas sonrisas de ánimo. Y hasta de guiñarse los verticales ojos con pícaro gesto, como si la inesperada llamada del general Rhukata, que había saltado de un altavoz nada más abandonar ellos la pasarela móvil, hubiera

perdido importancia.

Luego, cuando la puerta del despacho se abrió, volvieron a ensombrecer sus rostros.

Fue una fracción de segundo. La necesaria para que la metálica entrada fuera automáticamente descorrida desde el interior.

En el hueco de la puerta quedó enmarcado un individuo, tan morado como el que les acompañaba y tan corpulento como Bruce, que se tocaba con el alto gorro anti-radiactivo del Ejército de Superficie uraniano e iba vestido con el clásico quimono de plástico.

— ¿Qué deseas, Lharu?—preguntó al guía, metiéndose las manos en las anchas bocamangas del quimono.

El aludido se acercó a él y le cuchicheó algo al oído. El soldado, asintiendo, mientras Lharu se alejaba, obsequió a Jane Nickman y a Gerald Bruce con una reverencia exageradísima.

—Sírvanse pasar—dijo, al enderezarse—. El general les está esperando.

Pasaron. Se encontraron en una especie de austero vestíbulo, que atravesaron hasta llegar a una nueva puerta.

El soldado, abriéndola, anunció:

—Mi general, aquí están los astronautas.

—Adelante, dignísimos representantes de la más noble de las almas de la guerra—declamó, con énfasis, el general Rhukata, un decrépito anciano que parecía sostenerse en pie por milagro y cuyo grisáceo cabello ya estaba casi caído en su totalidad—. Tomad posesión—agregó, haciendo con la mano un gesto como de disgusto—de la humilde choza que tengo por despacho.

Bruce, sabiendo que no había más remedio que someterse a un empalagoso preámbulo—en el que, como en todo, en Urano, de donde tanto la joven como él eran oriundos, se notaba la influencia del Oriente terrestre, cuyos habitantes habían sido antaño los primeros en alcanzarlo con sus astronaves—, doblándose por la cintura, comenzó:

—Gracias, excelso general Rhukata, asombro del Imperante...

—No somos dignos ni de besar vuestro suelo—siguió miss Nickman, inclinándose asimismo y recorriendo con la vista la «humilde choza» del Organizador del Cuartel General.

Era un recinto soberbio, decorado al estilo oriental, en cada uno de cuyos cuatro rincones, en sendas macetas, otras tantas plantas carnívoras enanas, a la par que inundaban el ambiente con el característico aroma de sus blanquísimos pétalos, meneaban con evidente inquietud sus largos tentáculos; a la izquierda, una amplísima ventana dejaba pasar por los intersticios de su bajada

persiana la luz de los amplificadores de Sol; a la derecha, una alta vitrina deslumbrante contenía media docena de cuencos chinos de finísima porcelana, de aquellos que habían tenido ya un valor fabuloso muchos años atrás, y que, a la sazón, con el tiempo transcurrido, lo habían multiplicado increíblemente; al fondo, frente por frente a la puerta, un gran biombo verde, con dibujos de exóticos pajarracos multicolores en el plástico, ocultaba lo que había detrás.

—Sentaos, émulos de la luz—invitó el general, señalándoles las esteras que rodeaban un bajo velador de laca, en el centro del cuarto. Y mientras los interpelados obedecían, siempre en tono ampuloso, prosiguió—: Intrépidos surcadores del vacío, luchadores mimados por el Imperante...

Se detuvo, varió el tono de la voz y chilló ásperamente al soldado:

— ¡Sírvenos el té! ¡¿No ves que los astronautas de Titania[2] van a desayunar conmigo?! —Y tomó asiento, rezongando—: Este Ahbo es cada día más lento.

Quizá para demostrar lo contrario, el llamado Ahbo, que debía ser el asistente del general, desplegó tal actividad, tal rapidez, que casi antes de que su jefe terminase de cruzar las piernas estuvo ante él, trayendo una bandeja con un majestuoso servicio de té.

Bruce, ocultando la intranquilidad que le embargaba, en tanto que el asistente depositaba la bandeja en el velador tomó visual nota de la habitación y acabó por quedarse mirando fijamente a la vitrina, la cual llegaba hasta el techo.

Jane Nickman observó cómo Ahbo llenaba en silencio las tres tazas con el humeante líquido que contenía la tetera labrada.

—Capitán Sihteku—dijo el general Rhukata, extrañado de que Gerald H. Bruce mirase tan fijamente a la urna—, ¿os parece raro que comparta la dura y áspera y brusca profesión guerrera con la suave afición a las porcelanas?

—No, mi general—repuso el agente secreto, quitando los ojos de la vitrina—, no me parece raro: también yo dedico mis ocios a idéntica ocupación, pero...

El general no le dejó continuar. Encogiéndose de hombros, buscando, sin duda, que le regalaran el oído con la correspondiente alabanza, habló con marcada displicencia:

—Estas pobres piezas de la vetusta alfarería terrestre apenas sirven para adornar el despacho.

Ni miss Nickman ni Bruce respondieron. Ambos, haciendo caso omiso del elogio que buscaba el anciano Organizador del Cuartel

General, bajaron la cabeza y contemplaron el té de sus respectivas tazas.

Rhukata volvió a la carga con cierto nerviosismo.

—Mirad—ordenó, haciéndoles levantar la cabeza y fijarse en la urna—. Este de la derecha es un despreciable cuenco de la dinastía china Ming; el del centro es un Tsing, y el recipiente de la izquierda tan sólo remonta su fabricación a la dinastía Yen.

Los investigadores del Servicio de Inteligencia Intersideral permanecieron impasibles.

—Puesto que entendéis la materia, capitán Sihteku—propuso el general Rhukata, más nervioso cada vez—, fijaos en el vidriado y lo podréis comprobar. Son seis vulgares muestras del arte terrestre vetusto.

Bruce parpadeó y dijo rápidamente:

—Sí, no hay duda, son indignas del burdo cristal que las cubre.

Rhukata, que aquello era lo último que había pensado escuchar, se puso sonrosado de ira.

— ¡¿Qué estáis diciendo, insensato?!—rugió, engarfiando la mano derecha en el revólver desintegrador que pendía de su cinturón.

—Que lleváis razón—repuso, impertérrito, Gerald H. Bruce—. Son unas vulgares muestras del arte terrestre vetusto.

— ¡Os advierto que no estoy dispuesto a tolerar insultos!

Bruce carraspeó e hizo una pequeña inclinación con el cuerpo.

—Os ruego, mi general, que disculpéis la herida que han debido causaros mis palabras sin querer. ¡Yo creí que lo sabíais!

— ¡¿Qué es lo que creíais?!

Bruce volvió a hacer otra inclinación.

—Dispensadme—dijo—. No puedo sospechar que ignoraseis que esas porcelanas no son auténticas.

El general Rhukata se puso en pie de un salto. A buen seguro que, de no estar en la creencia de que Gerald Bruce pertenecía al Ejército Suicida, le hubiera descerrajado un tiro desintegrador.

— ¡No es hora de bromear, capitán Siliteku! —farfulló, notablemente nervioso, temblándole la mano con que se había sacado el revólver. Y añadió—: ¡Os exijo una explicación en el acto!

Por toda explicación. Bruce, como sin reparar en el arma que le apuntaba, se levantó de la estera donde se sentaba y pidió:

— ¿Querríais tener la amabilidad de ordenar a Ahbo que nos acerque la vitrina?

Tanta tranquilidad había habido en sus movimientos y en sus palabras, que el general se desconcertó.

— ¡¿Creéis, capitán Yhakotri—le dijo a miss Nickman—, que vuestro compañero habrá perdido el juicio al mismo tiempo que su astronave?!

—No. general Rhukata—contestó miss Nickman, agachando la cabeza como si no pudiera resistir el fuego de la mirada del anciano —, no lo creo. Escuchadle, que no he oído salir jamás de su boca más que sabiduría.

Los verticales ojos del Organizador del Cuartel General de Zantro relampaguearon. Como una flecha, moviendo el brazo, encañonó con el revólver a su asistente.

— ¡Haz lo que te mandan, Ahbo!

El soldado, que habíase quedado como petrificado al ver el amenazador ademán del viejo, saltó hacia la urna y empezó a moverla.

—Posad vuestra mirada en el cuenco que suponéis de Ming—invitó Bruce al general, mientras Ahbo iba acercando el pesado mueble—. El vidriado que lo cubre no pertenece en absoluto a esa dinastía china. Mirad las irisaciones y notaréis que no miento: el punto de horno no fue el debido y no tienen, ni con mucho, la brillantez de Ming.

Ahbo dejó la vitrina a un paso de los dos hombres. El agente secreto no cesó de hablar.

—Ahora—dijo—no tengo inconveniente en confesar que dudo de lo que acabo de manifestaros.

— ¡Entonces...!—principió a decir Rhukata.

Bruce, advirtiendo que el anciano presionaba con el índice en el gatillo del arma, le interrumpió:

—Se debe a que los estoy observando a una distancia que enmascara los errores de su confección.

— ¡¿Entonces...?!—repitió el general Rhukata, perplejo, aflojando la presión que su morado dedo ejercía en el gatillo del revólver desintegrador.

Bruce tuvo la osadía de interrumpirle de nuevo.

—Fue antes—afirmó—, al verlos desde donde estaba sentado, es decir, a una distancia capaz de evitar que las irisaciones se me metieran por las retinas, cuando noté que se trata de imitaciones. ¿Me entendéis?

El general dudó un segundo, que aprovechó para mirar a Jane Nickman componerse el peinado, uno de cuyos agujones sobresalía demasiado, y a la vitrina.

— ¡Vuélvela a la pared, Ahbo!—mandó luego, con voz ronca.

— ¿Me permitís una sugerencia?—intervino la muchacha,

poniéndose en pie y alisándose las solapas de su quimono, ribeteado de rojo y con pájaros de ensueño sobre fondo azul claro —. Me parece deberías ordenar que la urna fuese colocada donde no la dieran de plano los destellos de los amplificadores de Sol.

—Buena idea, capitán Yhakotri—aprobó Gerald H. Bruce—. Más vale que esté en el centro del despacho, ahí donde está el velador, por ejemplo, de forma que la luz penetre solamente por un costado. Así—explicó al anciano—, como la parte posterior es metálica, no hay posibilidad de que entre el Sol más que por el cristal lateral.

Ahbo, que se había quedado detenido con las manos puestas ya en la vitrina, miró interrogadoramente al general.

— ¡Obedece!—chilló éste.

El asistente, no bien hubo separado de en medio con la velocidad que acostumbraba, el velador y las esteras, arrastró el mueble hasta el lugar indicado por Bruce y, con ayuda del mismo, lo dejó frente por frente a la puerta del despacho, delante del biombo y de manera que sólo pudieran incidir sobre uno de sus costados los rayos de los amplificadores que se colaban por la persiana.

Ínterin, miss Nickman se había situado en la entrada del recinto con el general.

— ¡Por la Sagrada Planta—barbotó este último, abriendo desmesuradamente sus verticales ojos—, ahora me da la impresión de que los cuencos brillan menos!

Bruce, como si le costase infinito trabajo pronunciar lo que iba a decir, moviendo la cabeza en señal afirmativa, susurró muy despacito:

—Sí, brillan menos. Este es el reflejo real de los vidriados. Ahora los colores están dando de si lo que normalmente pueden. Mas, si tenéis la bondad de aproximaros...

El general Rhukata cayó en el garlito. Aquella colección de obras de arte de la vetusta alfarería terrestre—única en el cosmos, probablemente—constituía su orgullo y su debilidad. La sola sospecha de que pudiera ser falsa, le movió a acercarse a la vitrina... sin soñar siquiera que tan inocente acto iba a tener, un par de horas más tarde, fatales consecuencias para él.

Y los agentes secretos tampoco lo sabían todavía, dicho sea de paso. Ellos no estaban procurando otra cosa que desarrollar el arriesgado plan que habían improvisado, pues ambos eran expertos en ardides que habrían hecho palidecer de admiración a los antiguos miembros del Servicio de Inteligencia Intersideral de la Tierra, cuando la jurisdicción de ésta apenas incluía a Mercurio, Venus y Marte.

Es decir, cuando los Nexos Televisivos, verdaderos ojos de los planetas, no poseían aún, en las paredes interiores de las esféricas construcciones de aluminio, receptores de célula autónoma, los cuales seguían con perruna fidelidad al importante personaje de cuya vigilancia se les encargaba, y se apagaban por sí solos—evitando inútiles gastos de energía—en cuanto cesaban de «verlo», dejando actuar a los que lo tuvieran en su radio de acción para que la imagen del prohombre fuera recibida constantemente en la Gran Central Generadora.

Como se comprenderá, el Organizador del Cuartel General tenía categoría más que suficiente para poseer en los decorados tabiques de su despacho—cerca del techo—infinidad de dichos aparatos receptores, invisibles para los que desconocieran su emplazamiento, orientados hacia él gracias a un elemento electrónico que llevaba en el ancho cinturón con que se ceñía el quimono.

Y no sólo en el despacho había células autónomas, sino que en todo el Cuartel había miles de ellas, de modo y manera que, fuese por donde fuese, la figura del anciano era remitida continuamente a la Gran Central y mirada día y noche por personal especializado, dispuesto siempre para emplear los modernísimos dispositivos de teledefensa, tales como anuladores del poder radiactivo de las armas desintegradoras, ondas paralizadoras de músculos y, en determinados casos, si el observador de la Gran Central así lo estimaba, hasta la inmediata desintegración del mortal que tuviese la mala ocurrencia de acometer a Rhukata en su «choza».

O de levantar la voz en tono airado, pues ya se comprenderá que, existiendo semejantes adelantos, no podía faltarles a los receptores de células autónomas un sistema de micrófonos acoplados que condujesen, a la par que la imagen, las palabras que el general o las personas que estuvieran en su compañía pronunciasen.

El audaz proyecto de Jane Nickman y de Gerald H. Bruce, aun en el supuesto de que lograsen vencer las extremadas dificultades del caso —que no era un juego de niños precisamente—, tanto podía dar el fruto que apetecían como fracasar.

Todo dependía de la suerte.

Porque, en realidad, los agentes secretos no tenían ni idea de lo que podría haber al lado de allá del biombo, hacia el cual, aunque ni por asomo lo aparentasen, dirigían toda su atención.

Mejor dicho, para ser absolutamente precisos diremos que sí sabían que tapaba la mesa de trabajo del general Rhukata. Pero de

ahí a saber qué documentos importantes habría sobre ella, existía una distancia que sólo podía cubrirse pasando al lado de allá del plástico multicolor.

Aun suponiendo que la mesa no estuviese vacía, era posible que no hubiera sobre ella más que rollos sin valor. Sin embargo, merecía la pena correr el albur.

La mesa del Organizador del Cuartel General no dejaría de contener algún detalle que explicase las intenciones del Imperante de Urano al contravenir tan a las claras el CIV Congreso Cósmico— o sea, al ordenar la concentración en masa de las astronaves de guerra allí mismo, en Zantro.

Y éste era uno de los tres objetivos que a miss Nickman y a Bruce les había señalado, en la Luna, el Jefe del Servicio de Inteligencia Intersideral.

Por otro lado, no en balde pasaban por el despacho todos los asuntos militares de trascendencia, allí, o en el esférico edificio del Cuartel, al menos, tenía por fuerza que encontrarse el informe de los científicos uranianos referente a la bomba de Ultra Hidrógeno— la terrible arma de energía condensada que podía destruir las escafandras que envolvían a los núcleos de población de los Planetas, otrora rodeados de vacío, y arrasarlos y convertirlos en nada—, segunda de las investigaciones encargadas a Jane Nickman y a Gerald H. Bruce.

Conque, ya que el general les había hecho desistir de reorganizar lo que quedase del sistema 7 K —nombre que el Servicio de Inteligencia daba globalmente al grupo de agentes terrestres que operaban en Urano—, pues, como se ha dicho, en cuanto supo que los tripulantes de la astronave de Titania, desintegrada poco antes en la escafandra urbana de Zantro, habían entrado en el Cuartel por la pasarela móvil septentrional, los había mandado llamar, sin que hasta entonces supieran el motivo, ellos, así que traspasaron el umbral de la «humilde choza», nada más ver el biombo, determinaron echar una ojeada a la mesa de trabajo y arramblar cuanto creyesen de interés.

Con arte, con mucho arte. Sin violencia, sin ruido, suavemente. Sin amenazas por su parte, sin acaloramientos... Y basándose de continuo en la más estricta lógica.

El general Rhukata, guardándose el revólver en la funda del costado, dio el primer paso hacia adelante.

—Avanzad despacio—l aconsejó el agente secreto—para que os percatéis de cómo aumenta la intensidad de los vidriados.

Paso a paso, el Organizador del Cuartel General, demostrando

haberse olvidado de todo, menos de sus porcelanas, caminó desde la puerta hacia la urna.

—Despacio, despacio...—le detenía Gerald Bruce, marcándole el ritmo con la palma de la mano abierta.

— ¡Ahora los cuencos me parecen auténticos!—gritó el general, deteniéndose de pronto.

—Es natural—se encogió Bruce de hombros—. Estáis dentro del radio de acción de los vidriados.

Con tanta furia debía estar latiendo el corazón del general uraniano y con tanta velocidad debía estar circulando su sangre por las venas, que su morada cara triangular adquirió un tinte sonrosado, como la de un niño genuinamente terrestre.

— ¡Me han estado estafando durante ochenta años!—gimió, desolado a más no poder—. ¡Mis reliquias vetustas no valen nada!

—No perdáis la esperanza aún—procuró animarle Jane Nickman, avanzando también hacia la vitrina—. El capitán Sihteku puede estar equivocado.

Rhukata dio un salto, agarró al que suponía astronauta suicida por las solapas del quimono y probó a zarandearle. Pero Gerald H. Bruce, que era un coloso, permaneció rígido como una roca.

—Ordenad a vuestro asistente que traiga un simple visor óptico y os lo demostraré—dijo tranquilamente. Y agregó—: Os juro que estoy deseando que todo se reduzca a un error por mi parte.

— ¡Caro os iba a costar!—le amenazó el general, desistiendo de empujarle. Y encarándose con Ahbo, que presenciaba en silencio la escena: — ¡¿Qué haces ahí parado?! ¡Vete a buscar un visor óptico! ¡El más potente que haya en Zantro!

El veloz soldado desapareció como una exhalación por la puerta del despacho.

—Mi padre—explicó Bruce—tiene en la Ti..., ¡ejem!, en la Titania un despacho de reliquias vetustas, y han pasado por mis manos centenares de piezas como las que tenéis aquí: imitaciones muy bien logradas, pero que no valen ni la cuarta parte del precio que habréis pagado por ellas. Recuerdo que las llamábamos, en el argot de la tienda, «porcelanas de mostrador».

— ¡¿Qué significa eso?! ¡En mi larga vida de coleccionista, es la primera vez que oigo semejante denominación!

—Significa que sólo parecen auténticas vistas desde muy cerca. Mirad, mirad el falso Yen todo lo más cerca que os sea posible...

El general Rhukata pegó la cabeza al cristal que cubría la porción delantera de la vitrina, y miss Nickman, que estaba situada a su derecha, se agachó como para abrocharse una de las hebillas

de sus sandalias de suela de plomo.

—Mirad también el cuenco de Tsing—prosiguió Bruce—. Tiene una notable particularidad, de la que, no me cabe duda, estaréis enterado: está rajado.

—Sí—musitó el general—, estoy enterado. Y por esto daba yo más importancia a este cuenco... ¡Malditos estafadores! Me aseguraron que habiéndose caído de una gran altura, no sufrió más consecuencias que el arpado.

Jane Nickman se puso en pie a la derecha del Organizador, y Gerald Bruce suspiró como si se le hubiera quitado un gran peso de encima.

—Es extraño—dijo el agente secreto—, pero no debemos Olvidar que estas porcelanas son de excelente calidad, aun no remontando la fecha de su confección a las remotas dinastías del Oriente de la Tierra que los vendedores sin conciencia os garantizaron.

—Es extraordinario, capitán Sihteku—habló miss Nickman.

—Lo es, capitán Yhakotri—asintió Bruce—. No obstante, yo puedo aseguraros, con conocimiento de causa, que no es infrecuente que tales cosas sucedan. Es como el misterio del barro antiquísimo de los cuencos.

Ahbo llegó corriendo.

—El visor óptico, mi general—dijo, alargándole un aparatito con cierta semejanza a un microscopio binocular, pero sin platina. Y añadió, mientras el general se lo arrebataba de las manos—: Es la hora de lanzar el correo por la rampa.

— ¡Lánzalo!—rugió el anciano, abriendo la unta—. ¡No me molestes con idioteces!

— ¿Os parece que comencemos por este Ming?—propuso Gerald H. Bruce, viendo que el Organizador del Cuartel General dudaba sobre cuál de las seis piezas de porcelana elegir.

— ¡Me es indiferente, capitán Sihteku!—consintió, con los verticales ojos chispeando—. ¡Ya os lo he advertido antes! ¡Pobre de vos, como me hayáis hecho pasar este mal rato sin razón!

El agente secreto cogió delicadamente el presunto cuenco de Ming y lo puso boca abajo.

Los amplificadores de Sol de Zantro clavaban sus rayos en la persiana y los convertían en cuchillos de luz al atravesarla.

Las pequeñas plantas carnívoras de los rincones del despacho meneaban con amenazadora insistencia sus diminutos tentáculos en lo alto de las macetas. Su aroma, inconfundible aroma, empalagoso, excitante, provocativo en el vivero, allí, en el aire de la

metálica habitación, era como un vaho pegajoso que traía a la mente la idea de la muerte.

De la muerte «enana», «pequeñita», como debía ser la que produjeran a sus víctimas aquellos voraces vegetales que se esforzaban en huir de los efluvios de la defensa anti-planta de los «monos», pero de muerte, de pérdida indudable de vida.

—Ved la marca y la contraseña—dijo Bruce, tras haber estudiado, a simple vista, ambas cosas unos instantes. Y siguió, cuando ya el general miraba, trémulo, por el visor—: La marca aún podría pasar por auténtica, pero de la contraseña no hay duda: es falsa. Reparad en la línea que acaba en punta y cruza la vertical. Para una persona que carezca de la experiencia de un profesional, ese detalle suele pasar desapercibido.

Jane Nickman exhaló un suspiro imperceptible. Apoyada en la vitrina, en tanto que su compañero hablaba, el anciano se desesperaba y Ahbo desaparecía detrás del biombo verde, cuyos exóticos pajarracos semejaban estallidos de colores en el plástico, fijó la vista en la puerta del despacho y se preguntó dónde estaría oculta la pantalla de rayos X, merced a la cual, por muy escondido que el que se apropiase de él lo llevase, hasta el más insignificante objeto era descubierto al pisar el umbral.

Subrepticiamente no había posibilidad de meter o sacar nada del cuarto de aluminio.

«— ¡Qué sencillo debía ser antaño formar parte del Servicio de Inteligencia!»—reflexionó miss Nickman, quitando los ojos de la puerta y mirando a la ventana, que, además de tener la persiana casi bajada, por si fuera poco, estaba protegida por una fortísima reja invisible de energía radiactiva.

Gerald H. Bruce y el general Rhukata iban mirando cuenco tras cuenco, y, con las consiguientes explicaciones del primero, la cara del segundo, al compás de los acelerados latidos de su corazón, tomaba tonalidades sonrosadas.

Ahbo, tan veloz como de costumbre, surgió de detrás del biombo. Jane Nickman, alarmada, escrutó su triangular rostro morado.

«— ¡No ha notado lo que he hecho en la mesa!»—pensó, triunfante.

Porque, desde luego, había hecho algo. Mucho. Muchísimo más de lo que ella se imaginaba.

¡¿Cuándo?! ¡¿Cómo?! ¡¿Qué?!

Las maniobras de los agentes del Servicio de Inteligencia Intersideral no eran ya como las que antiguamente solían realizar. A

mayor riesgo, mayor sagacidad. Basados, no obstante, en la más rigurosa lógica, ejecutaban sus temerarias hazañas con inusitada eficacia.

RETO AL LECTOR

Hemos consignado con sobrada amplitud cuanto verían en sus pantallas, en los Nexos Televisivos de la Gran Central, los agentes del servicio de contraespionaje de Urano. Colóquese Ud. en su lugar y haga uso de los medios de teledefensa que se han dicho existían para proteger al general Rhukata. Es decir:

—Si es capaz de descubrir cuándo pasó miss Nickman al lado de allá del biombo, actúe con el dispositivo anulador de la radiactividad de las armas desintegradoras; si averigua cómo se las arregló para hacerlo, use de las ondas paralizadoras de músculos; y si desvela el misterio de lo que la joven hizo en la mesa, proceda a su inmediata desintegración.

En el caso de que no le interese pensar, continúe leyendo, por favor, que no tardará a enterarse de todo.

CAPITULO II

La concurridísima y ruidosa Avenida de Trolimeh—amplísima arteria de Zantro, pero de séptimo orden y sin aceras móviles—se quedó muda unos minutos por dos motivos diferentes. El primero, porque apareció de improviso un helicóptero supersónico, procedente nada menos que del Cuartel General, con escolta de reactores armados; y el segundo, porque el helicóptero, ante la estupefacción de astronautas y soldados y vendedores, se posó a la puerta misma del Salón del Astronauta Solitario.

Un teniente muy alto y muy peripuesto, vestido con un resplandeciente quimono de plástico amarillo y un cinturón escarlata, ancho y con hebilla semicircular, descendió del vehículo, con una cartera negra debajo del brazo, y se introdujo en el salón.

Los soldados y astronautas que atestaban el local—establecimiento de copiadores auditivos de alquiler—cortaron de golpe las palabras que pronunciaban ante las maquinitas de cristal y. puestos en pie, saludaron al recién llegado.

—Siéntense, muchachos — habló éste, con gran afectación, sin dejar de andar hacia el mostrador, en el cual, al llegar, se recostó indolentemente, preguntando—: ¿Quién es el dueño?

—Yo, teniente Nhiskay.

— ¿Cómo te llamas?

—Pletisu.

— ¿No se llama el dueño Zayakhuno?

—Sí, valeroso teniente—afirmó Pletisu, haciendo una reverencia —. El dueño se llama Zayakhuno, pero cuando él no está..., el dueño soy yo.

— ¿Dónde está Zayakhuno?

—Lo ignoro. Salió hace un rato con una pariente que ha venido de fuera.

— ¿A qué hora volverá?

—No tengo ni idea.

—Bueno, pero volverá, ¿no?

— ¡Claro, teniente Nhiskay!

—Bien, pues entonces...

El teniente abrió la cartera y extrajo de ella un abultado sobre, que tendió a Pletisu.

—Toma—le dijo—. Entrégale esto en cuanto esté de regreso. Guárdalo bien: es del Cuartel General. Como lo pierdas, te mando al vivero de las Plantas Carnívoras.

La morada faz de Pletisu se sonroseó. No le cabía duda de que el teniente Nhiskay hablaba en serio. Y, naturalmente, no le seducía terminar sus días en el ácido «estómago» de ningún vegetal.

No sabiendo el fin que había tenido su principal en la casita de la Avenida de Ughasto, hizo un tímido intento de eludir el peligroso encargo.

—Creo que Zayakhuno no tardará—balbuceó, deseando que el teniente decidiera sentarse a esperarlo.

—No puedo perder tiempo—repuso el oficial, sacando con su morada diestra un copiador auditivo macizo de la cartera—. Firma en seguida, que tengo que irme—ordenó a Pletisu, acercándoselo a su triangular cara.

Aquel copiador auditivo, aunque de tamaño más reducido que el del modelo de cristal adoptado en el Salón del Astronauta Solitario —donde los alquilaban a los soldados y astronautas sin graduación de los Satélites de Urano, concentrados en Zantro—, era ni más ni menos que una máquina de escribir.

Pero una máquina de escribir modernísima —un triunfo increíble de la electrónica—, que no necesitaba ni teclas, ni carro, ni cinta.

Consistía en una cajita prismática que, por el lado de arriba, tenía unas ranuritas—un micrófono—, y por el de abajo, un cuadradito que servía para dar paso a las sucesivas sílabas que articulase quien hiciera uso del aparato, las cuales, por medio de una insignificante carga de materia radiactiva, calentaban prudencialmente las letras y signos de platino que había en un rodillito y se grababan en el papel o plástico que se colocase debajo del copiador, en contacto con el mentado cuadradito.

Ya se comprenderá que la voz influía en el grabado de las palabras, pues, según éstas se pronunciasen más alto o más bajo, así quedaban más o menos marcadas—a veces, cuando el aparato había trabajado en demasía, los gritos destemplados ponían al rojo los signos y las letras de platino, y entonces, claro está, se quemaba el papel.

Tan maravillosa era la sensibilidad del copiador, que recogía los más ligeros matices de las cuerdas bucales. Y de tal modo y con tal perfección lo hacía, que la personalidad del individuo quedaba

reflejada en sus escritos orales tan bien o mejor que en los antiguos tiempos en que se escribía con plumas metálicas o con máquinas de teclas.

El manejo del copiador auditivo era singularmente sencillo. No se precisaba saber escribir: bastaba con aproximar la boca al micrófono y hablar. El mecanismo del aparato—fuese cualquiera el idioma empleado—se encargaba del resto.

—Te tiembla la voz—dijo Nhiskay, burlón, al ver la inseguridad con que el nombre de Pletisu había quedado grabado—. ¿Qué te pasa?

El dependiente del Salón no respondió. Haciéndose el distraído, volvió la cabeza y se puso a mirar con sus verticales ojos a un grupo de astronautas que se sentaban junto al mostrador.

—Tú respondes—le llamó la atención el teniente, dándole unos significativos golpecitos en el sobre que sostenía en la mano—. Como lo pierdas...

Nhiskay no dijo más. Se Metió la cartera debajo del brazo y echó a andar hacia la puerta. Pletisu, con el sobre en la mano, le siguió tembloroso. Los ocupantes del Astronauta tornaron a levantarse y a saludar.

—Siéntense, muchachos—repitió el teniente, con idéntica afectación que a su llegada.

Y por donde había venido, envuelto en el ruido de los motores, se marchó.

Ya hacía unos segundos que la Avenida de Trolimeh y el Salón habían recuperado el habla, cuando Pletisu se atrevió a echarse a la cara el abultado sobre.

Tenía la dirección y el nombre de su amo —escritos con una voz desconocida—y llevaba el membrete del Cuartel General.

«—Siempre me ha parecido que Zayakhuno es más importante de lo que aparenta—pensó. —Veremos lo que me dice cuando regrese. La tonta esa se trae algún juego...»

Se metió las manos, con sobre y todo, en las amplias bocamangas del impecable kimono que vestía, dio media vuelta y caminó por entre las mesas en dirección a la trastienda, en donde creyó debía guardar el comprometedor encargo que le habían confiado.

… …
… … … … … …

En uno de los patios del Cuartel General sonó un vozarrón tremendo:

— ¡¡Ehliya...!!

— ¡Voy, voy...!—gritó la aludida, desde el interior del esférico edificio, apresurándose a bajar los últimos peldaños de la escalera del aljibe—. Todo el rato: ¡Ehliya, Ehliya...! ¡Voy, voy...!

La sucia muchachita, saltando ágilmente el escalón del umbral, salió al patio.

— ¡Ja, ja, ja!...—rompió a reír—. ¡Pero si es el valiente guerrero que me ha salvado!—. Se quedó seria, y añadió—: Si hubiese sabido que eras tú, el corazón me habría puesto alas en los pies, teniente Ghrasku.

— ¡Qué casualidad!—dijo éste—. De pies es lo que quiero hablarte. Tienes que lavarte bien, pero bien, ¿eh?, pies, manos, cara..., todo. Tienes que peinarte...

— ¿Para qué...?

—¡¡Calla y escucha!! ¡Tienes que peinarte y ponerte los agujones que ha comprado para ti la mujer del cantinero, y el quimono nuevo! Tienes que cambiarte esas asquerosas sandalias que llevas, ¿me entiendes?

Ehliya, cuyos verticales ojos no cesaban de mirar a los del teniente, como si despertara de un sueño, contestó:

—Vaya, ya quiere verme otra vez el general... Antes no tuve que peinarme y nadie, tampoco, pensó comprarme agujones para el pelo. ¿Qué pasa ahora, noble soldado del Imperante?

El teniente Ghrasku, casi sin darse cuenta, explicó:

—Hay Junta...—se detuvo, amagó una patada a la desastrada joven y mandó—: No preguntes y lárgate a cambiarte de sandalias. Te doy tres minutos de tiempo. Yo voy a la cantina a ordenar que te preparen el baño. Recuerda que te espero allí y no te entretengas.

— ¿Qué clase de Junta...?

—¡¡No hagas preguntas!!

—Eres cruel con la pobre Ehliya—dijo la muchacha, bajando la cabeza—. Pero, por lo menos, cuando no estás de servicio, no me llamas perra, como hacen los otros oficiales.

— ¡¿Y quién te ha dicho que no estoy de servicio, perra loca?! ¡¿Acaso descanso alguna vez?! ¡Como que, si no, iba a preocuparme el que te lavaras las orejas o que dejaras de hacerlo! ¡Vete corriendo, porque como emprenda a patadas contigo...!

Ehliya partió rauda, y Ghrasku, con infinito desprecio, mientras cruzaba el patio, iluminado todo él por los amplificadores de Sol, se rió por detrás de su morada cara triangular.

Era una mueca terrible que, debido a la especial disposición de los ojos—verticales, como los de todos los uranianos y sus

descendientes—, le daba un aspecto realmente feroz.

Cuando llegó a la cantina, seguía riéndose todavía.

— ¡Kruja!—voceó. Y apenas surgió de detrás del mostrador una mujerona, cuyo quimono estaba tan sucio como el de Ehliya, le dijo con aspereza—: Prepara un baño para la tonta.

— ¡Pobrecilla!—suspiró la corpulenta Kruja—. ¡Cuánto te gusta hacerla sufrir, teniente Ghrasku! La última vez que se bañó...

Se interrumpió, hizo una reverencia a un soldado grueso y bajo y con las mejillas muy abultadas, que pasaba por allí, camino del patio, con otro, achaparrado éste y con la espalda del quimono brillante de defensa anti-planta, y continuó diciendo:

—...lloró y todo de rabia.

— ¡Si de eso hace un mes!—habló Ghrasku, despectivo.

—No exageres. Veintidós días hace, que me acuerdo muy bien. ¿A dónde tiene que ir ahora?

—Ha de ampliar la información de lo que le ha sucedido en la casita de la Avenida de Uhgasto. El general Trohda desea interrogarla con el detector de mentiras, y Rhukata quiere prevenirla.

— ¡Pobre Ehliya! ¡Qué día ha empezado para ella! Hace un rato, la pegan y la hieren, y ahora, sin contemplaciones, a las garras del jefe del contraespionaje.

—Ese no es asunto mío. Yo creo que es demasiado tonta y que ni aun con el detector se conseguirá nada.

—Dicen que la operación que precisa para ponerse bien, sólo podrían practicársela en la Tierra. A propósito...

Bajó la voz, para que no la oyeran los numerosos soldados que continuamente entraban y salían, y preguntó:

— ¿La invadimos, o qué?

El oficial entornó los ojos.

—Limítate a ir a preparar el baño y no intentes tirarme de la lengua—susurró—. Si se enterara el general Trohra de lo que me has preguntado, puede que hubiese dos interrogatorios con detector de mentiras. Y conste que tú me pareces mucho menos tonta que Ehliya, conque estoy por asegurar que dirías cosas interesantes.

Kruja, que tenía una estatura casi tan aventajada como la del teniente, se irguió y, pasándose las manos por sus desgreñados cabellos, grisáceos y ensortijados, avanzó su puntiaguda barbilla, y dijo:

— ¿Qué insinúas?

Ghrasku clavó de tal manera sus pupilas en ella, que la acobardó.

— ¿Có... cómo pongo el agua?—tartamudeó la cantinera, que semejó desinflarse—. Des... destilada es un despilfarro.

—En Zantro—fue diciendo, despacio, el teniente—, la gente se baña con agua destilada. Los surtidores automáticos no se agotarían ni aunque se bañaran... «algunas».

La sucia Kruja no dio sensación de haber comprendido la indirecta.

—Ehliya—afirmó—, ha perdido las ganas de vivir. A ella lo mismo le da emplear agua con microbios.

— ¡Tiene gracia! ¡Ha perdido las ganas de vivir! ¿Pues qué quiere?

—Que la dejen en paz.

Ehliya, acercándose, intervino:

—Llevas razón, Kruja.

— ¿Ya estás aquí, perra?

—Sólo quiero que me dejen en paz—prosiguió la muchacha, sin hacer caso del insulto de Ghrasku—. Pero todos se meten conmigo, todos me dan patadas... ¡Ja, ja, ja!...—estalló en nerviosas carcajadas—. ¡Claro, como soy tonta!

Y se puso a bailotear, golpeando fuertemente el suelo de aluminio con sus emplomadas sandalias, y a palmotear con sus moradas manos.

—Ya llegará tu príncipe y te defenderá de... «algunos»—devolvió la pelota la mujer del cantinero al teniente...

— ¡A ver qué sandalias te has calzado!—gruñó éste.

— ¡Ja, ja, ja!...—siguió riéndose la joven al enseñárselas.

— ¡Está bien! No te rías más, perra. Tú—se encaró con Kruja—, como me entere de que le echas agua con microbios en los rasponazos de la cara, te las vas a tener que entender conmigo.

Las dos mujeres se fueron por una puerta del fondo, en el mismo momento en que entraba el teniente Nhiskay por la del patio.

— ¡Hola, Ghrasku!—saludó—. ¿Otra vez de niñera?

— ¡Hola!—replicó el aludido, de mala gana—. ¿Ya has acabado el reparto?

—Sí. Hoy había al final de la rampa menos sobres que otros días. ¿Has visto—inquirió—al ordenanza primero de la Sala de Juntas?

— ¿Quién? ¿Mhorsulo?

El teniente Nhiskay asintió.

—Acaba de salir con un cuidador de plantas. ¿Para qué le quieres?

—Me ha prometido conseguirme glucosa de importación.

—Pues me temo que tendrás que esperar a que termine la Junta.

— ¡Ah! ¿Hay Junta? No sabía nada.

En la parte de allá de la puerta por donde la cantinera y Ehliya habían desaparecido, se oyó un chillido y ruido de agua al caer.

—Está visto que te encuentras con la tonta esa hasta en las vitaminas—dijo Nhiskay—. ¿Qué ha sido, en realidad, lo de la Avenida de Uhgasto? Me han dicho que han tenido que atender a setenta hombres.

—Casi te han dicho la verdad. Ha habido sesenta y cuatro bajas.

— ¡Chico, qué fregado!

—Con decirte que hemos quedado ocho...

— ¿Y de veras había un solo hombre en la casita?

—De veras Tenía dos fusiles ametralladores, de esos antiguos, terrestres, que hacen tanto ruido, y un revólver; pero un solo individuo había.

—Bueno, ¿y la tonta, qué?

—No me digas... Fíjate, después de golpearla hasta hacerla sangre, la ató y la amordazó para que no le estorbase. Ahora la verás. Se está bañando, porque tengo que conducirla al despacho de Rhukata. Tiene la cara como un terrestre.

— ¿Están todavía con el general los astronautas suicidas de Titania?—quiso saber el teniente Nhiskay.

Ghrasku, extrañado, frunció la frente.

— ¡Ah!—exclamó—. Los que han perdido su astronave... No estoy seguro, pero supongo que aún deben estar con él.

— ¿Qué tal te ha parecido ella?

—No la he visto casi. Sin embargo, su silueta, pese al «mono» de vuelo, me pareció femenina en grado sumo.

— ¡Yo la he visto con quimono! Claro, que el quimono, con pájaros de colores en fondo azul claro, es elegantísimo. ¡Pero es formidable, chico! ¡Qué tipo! Tiene unos pies diminutos, que le hacen moverse con gracia tal, que...

— ¡Te olvidas de que es capitán, teniente Nhiskay!

—No me olvido, no—suspiró éste—. Si no fuera por eso, cuando entró por la pasarela móvil hubiera hablado con ella. Así... ¡cualquiera...!

CAPITULO III

La primera vez en su vida que Gerald H.

Bruce, menos conocido por capitán Sihteku, tuvo resplandores en el alma, fue cuando la muchachita del verde quimono entró en el despacho del general Rhukata.

Sin que pudiera evitarlo, le saltó a la palestra de su pensamiento, en odiosa comparación, la imagen bellísima de la capitán Yhakotri, que estaba cerrando la vitrina de las porcelanas.

No intentó siquiera Bruce explicarse el fenómeno de que aun dando miss Nickman ciento y raya a la recién llegada, fuera ésta la vencedora del combate que ambas mujeres habían entablado en su cerebro; pero lo cierto fue que la joven desharrapada de poco antes, convertida ahora en linda flor de primavera, a pesar de los sonrosados rasguños de su cara, se apoderó del campo, en el cual ya no se advirtió ni rastro de su anterior dueña.

Aquella muchachita era el complemento del corazón de Bruce, y encajó en él sin el más mínimo esfuerzo, exactamente y con toda naturalidad. Y la víscera cardíaca del agente secreto, dulcemente reforzada[3], cabal ya y completa, dio alegres saltos dentro del pecho que la contenía.

A Jane Nickman, al volverse, se le quedaron clavadas las emociones que vio en el agradable rostro triangular de su compañero de aventuras, y sintió una sacudida en su interior.

—Ven, Ehliya, acércate—dijo Rhukata, paternal—. ¿Te duele mucho la cara?

— ¡Ja, ja, ja!...—se rió la joven—. No es nada, mi general.

— ¡No te rías!—mandó el anciano Organizador del Cuartel General, poniéndole una mano en un hombro—. ¡Si tu padre te viera...!

Miró al techo, meneó la cabeza y prosiguió:

— ¡Pobre Zuicrue, volverías a morirte...!

— ¡Ja, ja, ja!...—le interrumpió Ehliya—. Los muertos no oyen.

Ahbo empezó a arrastrar la vitrina a la pared del despacho. Los tentáculos de las plantas carnívoras enanas se agitaron con

inusitada violencia.

— ¡No te he dicho que no te rías!—rugió el general—. ¡Debería darte vergüenza ser tonta!

Los verticales ojos de Ehliya parpadearon.

— ¿Por qué?—preguntó, con evidente asombro.

—Porque no puedes formar parte de ninguna División Femenina de la Muerte. ¿Es que no te gustaría?

Ehliya no llegó a contestar. Se escuchó un grave zumbido en el despacho y el general Rhukata, al oírlo, continuó hablando sin parar:

—Te vamos a hacer unas preguntas y tienes que contestarlas diciendo la verdad. Ten mucho cuidado, ¿me entiendes? Te advierto que te va a ir la vida en ellas.

—Pregunte, pregunte, mi general. Responderé a todo lo mejor que sepa... y sin reírme.

—No, no es ahora. Será dentro de un momento, en la Sala de Juntas, y te interrogará el general Trohda.

La morada carita de Ehliya se tomó sonrosada en su totalidad.

—El general Trohda—repitió—. ¿Por qué él?

—Salgamos — ordenó el anciano, haciendo caso omiso de la interrogación.

Y salieron del despacho las cinco personas que en él se encontraban, sin que se produjese ningún suceso de importancia. La oculta pantalla de rayos X no mostró al personal del servicio de contraespionaje—que observaba atentamente en los Nexos Televisivos la salida— nada de particular.

Ni miss Nickman, ni Gerald H. Bruce, ni Ehliya, ni Ahbo, ni el general Rhukata siquiera, llevaban encima—entendiéndose por «encima» hasta en el interior de sus respectivos cuerpos—nada sospechoso.

Ahbo, tras abrir la puerta del vestíbulo, se apartó a un lado para dejar pasar al general y a sus acompañantes.

Salvo el teniente Ghrasku, que hizo una reverencia, en el pasillo, tan concurrido cuando los agentes del Servicio de Inteligencia Intersideral entraron en el despacho, no había nadie.

Jane Nickman dio un disimulado codazo a Bruce.

—El especialista en la captura de espías—susurró.

El general Rhukata, demostrando poseer un oído finísimo, la oyó.

—En efecto—dijo—. El teniente Ghrasku es un verdadero especialista en la captura de espías. Me alegra saber que su fama llega ya hasta Titania.

El anciano Organizador, poniéndose a la cabeza, seguido de miss Nickman y de Bruce, a quienes, a su vez, seguían Ehliya y el teniente, principió a andar pasillo adelante.

Cada pocos metros, por ovaladas ventanas, los rayos solares amplificados penetraban en el corredor de aluminio endurecido. En el exterior del Cuartel General las ráfagas intermitentes de aire—procedentes de la Gran Central Generadora—se traducían en un constante pegar y despegar de quimonos a los cuerpos de los transeúntes, los cuales se deslizaban en las aceras móviles.

El general Rhukata atravesó una puerta corrediza que se hallaba abierta, y se detuvo. Estaban en un vestíbulo muy parecido al suyo.

—Espera aquí con Ehliya—le mandó al teniente Ghrasku—. Respondes que acuda cuando se la llame.

Y, dirigiéndose a los agentes secretos, volvió a ordenar:

—Seguidme.

La puerta del fondo del vestíbulo, una fracción de segundo antes de que el general la alcanzase, se abrió. Pasó éste al otro lado y, tras él, miss Nickman y Gerald H. Bruce, respetuosamente inclinados, le imitaron.

La Sala de Juntas del Cuartel General era magnífica en todos los sentidos, desde el suelo, cubierto con una espesa alfombra que mandaba al cerebro sensaciones de estar caminando sobre nubes, hasta el artesonado, maravilla del más puro estilo uraniano, pasando por las paredes, decoradas al gusto oriental de la Tierra.

En el centro de la habitación, como si emergiera de la gruesa nube de alfombra, había una gran mesa rodeada de sillas, ocupadas todas, menos una, por los más conspicuos jefes de los Satélites del Imperio del Sol Poniente.

Oberón, Ariel, Umbriel y Titania, además, naturalmente, de Urano mismo, tenían allí su representación. No cabía duda de que se iba a discutir algo trascendental.

El general Rhukata ocupó su sitio.

—Tengo el gusto de presentaros—habló reposadamente, haciendo una leve reverencia a los que le escuchaban—a los dos astronautas que tripulaban la nave intersideral que se ha desintegrado antes de que se conectaran los amplificadores de Sol. Capitán Yhakotri—la señaló con la mano—, de la Segunda División Femenina de la Muerte; capitán Sihteku—movió el brazo para señalarle—, del Tercer Cuerpo Mortal.

Cuantos jefes había en la Sala, saludando, bajaron la cabeza. Los agentes secretos terrestres realizaron sendas y profundas reverencias.

—Los traigo conmigo como invitados de honor—continuó hablando el general—. Me consta que en el principal de los asuntos que hoy vamos a tratar, pueden ellos orientarnos mucho y bien. No obstante—paseó una mirada por los asistentes—, si por parte de alguno de los presentes hay el más mínimo inconveniente, os ruego que sea manifestado.

Al otro extremo de la mesa se oyó un carraspeo.

— ¿Tenéis algo que objetar, general Trohda? —preguntó Rhukata al que habla carraspeado.

—En efecto—repuso el jefe del servicio de contraespionaje, colocando un codo en la mesa y agarrándose con la mano su puntiaguda barbilla morada—. Sin que se esconda en mis palabras censura de ninguna clase se me ocurre que sería preferible... En fin, si en el curso de nuestra reunión se suscitara cuestión de su especialidad, podríamos... llamarlos y aprovechar su indudable experiencia.

En la Sala se levantó un murmullo de aprobación.

—Ordenanza—dijo el general Rhukata a uno de los dos uranianos que andaban por allí—, guía a los capitanes al salón de oficiales.

Miss Nickman y Bruce, no sin haber hecho la correspondiente reverencia de despedida, siguieron al soldado bajito y grueso que, aunque maldito lo que lo necesitaban, porque se sabían de memoria la topografía del esférico edificio, iba a conducirles al lugar donde deberían esperar.

—General Kahi—prosiguió el Organizador—, como secretario de esta Junta, servíos leer el orden de asuntos.

El aludido obedeció en el acto.

—Primero—leyó en un plástico—: investigación en torno a los hechos ocurridos en la Avenida de Uhgasto...

—Bien, basta—le cortó el anciano—. Ya seguiréis leyendo después. Comencemos. Ordenanza—llamó al que quedaba en la Sala—, que entre la muchacha...

Todos los presentes posaron sus verticales ojos en la puerta de la habitación.

Ehliya, con suma timidez, entró.

—Ya conocéis todos a Ehliya—farfulló el viejo, encogiéndose de hombros—. No sé si podremos sacar algo en limpio de su declaración.

El ordenanza llevó rodando hasta el general Trohda una mesita con un extraño aparato encima. La muchachita lo vio y tragó saliva: era el detector de mentiras.

Artefacto terrible que castigaba con tremendas descargas eléctricas al que ha estado unido a él por la muñeca, tuviese alteraciones de pulso producidas por ocultaciones a sabiendas de la verdad.

— ¡Aproxímate!—gritó el jefe del contraespionaje uraniano a la evidentemente asustada Ehliya.

En medio de un silencio sepulcral, la muchacha atravesó la Sala de Juntas.

—Vamos a ver—dijo el general Trohda, cuando la tuvo delante —. Si me dices la verdad, te prometo no ponerte el detector. ¿Conocías al individuo que te llevó a la casita de la Avenida de Uhgasto?

— ¡Nooo...!—exclamó Ehliya, alargando enormemente la vocal —. No le había visto en mi vida.

— ¿Por qué te llevó allí?

—Porque quiso.

—Y tú... ¿querías?

—Me tenía cogida de la muñeca y no hubiera podido escapar de ninguna forma. Iba tirando de mí.

— ¿Habías estado antes en aquella casa?

—Nunca. Ni había pasado siquiera por la puerta.

— ¿Dónde te encontraste con el hombre?

— ¿Con quién? ¿Con Zayakhuno?

En el aire de la Sala de Juntas del Cuartel General de Zantro tembló un segundo el eco del puñetazo que Trohda dio en la mesa.

— ¡¿Cómo sabes que se llamaba Zayakhuno, si no le conocías?!

— ¡Ja, ja, ja!...—rompió a reír Ehliya, destempladamente—. ¡Porque se lo dijo Pletisu...!

— ¡¿Quién es Pletisu?!

—El dependiente del Salón del Astronauta Solitario.

— ¡Pronto! ¡¿Dónde está ese Salón?!

—En la Avenida de Trolimeh.

El jefe del servicio de contraespionaje hizo una seña al hombre que se sentaba a su lado, el cual, mirando al general Rhukata, tras haber inclinado la cabeza, se levantó y se fue.

— ¿Por qué no lo dijiste antes?—fulminó a la joven el general Trohda.

—Nadie me lo preguntó.

— ¿Estuviste tú en el Salón del Astronauta Solitario?

—Sí.

— ¿A qué fuiste?

—A buscar al hermano de mi madre.
— ¿Cómo sabías que estaba allí?
—Yo no lo sabía.
— ¿No dices que fuiste a buscarle?
—Y fui. Pero...
— ¡Un momento!—terció el general Rhukata—. Estimo conveniente aclarar este extremo. El tío materno de Ehliya desapareció hace más de ocho años, y ella, no obstante, lo busca por todos lados. Hasta en el Más Allá. De ahí esa manía de trabar amistad con los cadáveres: cree que éstos pueden transmitir recados a su tío, en el caso, muy probable, por no decir seguro que haya muerto.
— ¡Ah, ah, ah...!—asintió Trohda—. Ya comprendo. Os quedo altamente agradecido por la intervención. He estado a punto de gastar mucho tiempo en balde.
Se encaró con la muchacha, que se había puesto a mirar con curiosidad al detector de mentiras, y continuó el interrogatorio.
— ¿Qué hiciste en el Salón del Astronauta Solitario?
—No hice nada. Zayakhuno lo hizo todo.
— ¿Qué es todo?
— ¡Ja, ja, ja!... Me cogió de un brazo y me obligó a pasar al otro lado del mostrador; luego dijo que si quería comida y un quimono...
— ¿Qué más?
—Yo tenía hambre y mi quimono estaba muy sucio.
—Me imaginaba algo por el estilo. Prosigue. ¿Y fuiste con él de buen grado?
—Me llevó casi arrastrando.
—Ya. ¿Qué pasó después?
—En cuanto entramos en la casa, encendió una antigua linterna terrestre.
— ¿Viste el arcón?
—Sí.
— ¿Qué tenía dentro?
—Ruidosos fusiles ametralladores y cajas de municiones de plomo.
— ¿Conocías tú la existencia de la simplificada emisora de radio?
—¡¿Cómo?!—exclamó Ehliya, visiblemente sobresaltada—¿Una simplificada emisora de de radio allí?
—Sí—afirmó el general Trohda—. Allí.
—Nunca lo hubiese creído—replicó la joven, reflejando la verdad de lo que decía.

—Bueno, pasemos a otra cosa. ¿Cómo fue para atarte a la silla y amordazarte?

—Pues, cuando oí la voz del teniente Ghrasku, me asusté tanto que quise gritar...

—Y entonces te pegó para que te callaras y te amordazó y te amarró, ¿no es eso?

— ¡Qué bien sabes comprender las cosas, mi general! ¡El Imperante debe estar orgulloso...!

— ¡Silencio! ¿Qué hiciste mientras Zayakhuno disparaba en la habitación de arriba?

— ¡Ja, ja, ja...! ¿Qué iba a hacer? Pensar en la manera de escapar de la casita.

— ¿Tenías miedo?

— ¡Claro!

— ¿Qué cosas pensaste para evadirte?

— ¡Huy! Pensé muchas.

— ¿Por ejemplo?

—Pues que contando dos veces siete con los ojos cerrados, le salen a uno alas en los pies.

— ¿Te salieron?

—No. Estaba tan nerviosa, que no debí contar bien. Además, pensé...

—Bueno, bueno,..—suspiró Trohda, levantando la mano para detenerla—. Si el general Rhukata no tiene nada que preguntarte, por mi parte puedes retirarte. Yo desisto de emplear contigo el detector de mentiras. Este interrogatorio—se volvió hacia los circunstantes—es... una tontería.

—Vete en paz, Ehliya—permitió el anciano Organizador del Cuartel General. Y sin prestar más atención a la jovencita, mientras ésta atravesaba rápidamente la Sala de Juntas, dijo al general Kahi —: Tened la bondad de leer el asunto siguiente.

—Segundo—leyó en el plástico que tenía delante el secretario —: informe técnico del verdadero alcance de la simplifi...

La puerta de la Sala se cerró a la espalda de Ehliya y la imposibilitó de escuchar el resto. Pero estaba sobradamente claro.

… …
… … … … … …

— ¡Pletisu!—gritó un astronauta—. ¡Ya se me ha vuelto a quemar el papel! ¡Te juro que como no me traigas ahora mismo un copiador sin estrenar, no vengo más a escribir a este Salón!

—Vamos, no te pongas así—trató Pletisu de calmar le excitación

del astronauta—. El copiador auditivo que tienes es casi nuevo. Lo que sucede es que gritas como si quisieras que tus familiares de Umbriel te oyeran desde aquí.

— ¡Excusas, excusas! Pero ya te lo he dicho: no vengo más. ¡Y menuda propaganda te voy a hacer!

Se levantó el astronauta, y el dependiente del Salón de copiadores auditivos de alquiler contemporizó.

— ¡Espera! Anda, vuelve a sentarte, que ahora mismo te lo traigo.

Comprimiendo los reniegos que pugnaban por escapársele, pasó por debajo de la superficie del mostrador del Astronauta Solitario y atravesó la puerta de aluminio de la trastienda.

El vivo rumor de las palabras que pronunciaban en sus respectivos aparatos los clientes, espoleaba a Pletisu a regresar cuanto antes, pues tenía que servir, él solo, a los numerosos soldados y astronautas de los Satélites, concentrados en Zantro por orden del Imperante.

Pero no hubo estímulo capaz de hacerle mover ni una pestaña cuando vio ante sí la desgreñada figura de una mujer que vestía un quimono muy sucio y que le apuntaba con un revólver desintegrador.

—No te asustes. Echa la llave a la puerta. También el río sigue rápido su curso...

El uraniano, sin sangre en las venas, después de haber obedecido, se quedó sin fuerzas ni para temblar.

—No temas. También el río...

Un peso de silencio aplastó la habitación y la redujo aún más de lo que ya era.

— ¡¿Dónde está Zayakhuno?! ¡Vamos, contesta!

Pletisu se arañó la lengua, de tan seca como se le había quedado la boca, y a duras penas, masticando las sílabas, pudo articular:

—No lo sé. Se fue y no ha vuelto.

— ¿Ha llegado un sobre del Cuartel General?

—Sí.

— ¿Se lo ha llevado él?

—Sí.

Algo debió ver la mujer en el morado semblante de Pletisu, porque, como si no hubiese oído la afirmación, le ordenó:

— ¡Dámelo en seguida!

Tal amenaza hubo en la oscilación de la mano que sostenía el revólver, que el dependiente del Salón no se atrevió a insistir en lo

que anteriormente había afirmado.

—Me matarán si te lo doy.

—Si no me lo das, yo te mataré antes.

— ¡Es para Zayakhuno!

—¡¡Es para mí!!

— ¡He firmado y todo!

—No importa. ¡Entrégamelo!

— ¡No!

Pletisu, con toda su rotunda negación, no pudo evitar que las pupilas se le quedaran pegadas una fracción de segundo en la alacena donde estaban los copiadores auditivos de repuesto.

De pronto, se abatió el revólver que empuñaba la mujer y la cabeza del uraniano, mientras el cuerpo caía al suelo, donde reboto estremecido, tuvo sordos ecos de huesos golpeados.

Cuando la despeinada mujer del quimono azulado y sucio, con un portazo que era un canto de victoria, cerro la metálica puerta trasera del Salón del Astronauta Solitario, la trastienda retumbó y un antiquísimo tintero terrestre, que se encontrada entre los copiadores, en el centro de la alacena, cayó al piso de aluminio y se rompió, salpicando de tinta negra y de cristales al exánime dependiente.

… …
… … … … … …

— ¿Ya está restablecida, capitán Yhakotri?

—Sí, sí, capitán Glogho—asintió miss Nickman, avanzando majestuosamente por entre las vacías mesas del salón de oficiales del Cuartel General—. Ya estoy bien, gracias.

—Temíamos que le hubiese ocurrido algún accidente en el lavabo—dijo Bruce, poniéndose en pie para recibirla, igual que los otros dos capitanes uranianos que estaban con él.

— ¿Accidente?—se mostró sorprendida la joven, sentándose en la silla que tenía reservada en la mesa y cruzando las piernas «a lo terrestre»—. ¿Por qué?

— ¡Tardaba tanto a volver!—habló el oficial que aún no había dicho nada. Y añadió, sentándose—: Seguramente se le habrá quedado frío el té de la taza. ¡Soldado—llamó al camarero—, trae otra tetera caliente!

—Si me lo permite, capitán Nulhuta—sonrió la bella agente secreto, sacándose las manos de las amplias mangas de su deslumbrante y limpísimo quimono de plástico, ribeteado de rojo y con pájaros multicolores en fondo azul claro—, mejor que té, querría

ingerir algo fuerte. Esto que me pasa se debe a las radiaciones acumuladas en mi organismo al desintegrarse la astronave. He de recuperar energías. Soldado—se encaró con el camarero—. Un par de dosis masivas de vitaminas variadas. ¡Miren que si me muriese sin poder hacerlo por el Imperante! —agregó, moviendo la cabeza para demostrar su desagrado.

—No sea pesimista—la animó el capitán Nulhuta—. Usted tiene que tener la suerte de encontrar, por lo menos, un portaastronaves. ¡Y qué impresionante desintegración cuando caiga sobre él!

— ¡Qué bello deshacerse destruyendo un gigantesco portaastronaves, capitán! Pero lo más seguro es que tenga que conformarme con una nave más pequeña.

Metió la mano por debajo de la mesa, levantó la rodilla derecha bajo el mantel que la cubría, y dijo:

— ¿Llevan un poco de cinta adhesiva? Me hice un rasguño en el tobillo al descender...

Como un bólido humano, el peripuesto teniente Nhiskay, que había entrado en el salón al ver a Jane Nickman por la ventana del patio, se levantó de su asiento y, atropellándolo todo, sin reparar en que iba dejando detrás un estrépito de sillas y mesas, caídas en confuso montón de patas niqueladas y tapizado de plástico carmesí, desapareció de la estancia.

—En Titania—aseveró Gerald H. Bruce, tan asombrado como los demás—, la ingestión de glucosa está más vigilada.

—Aquí también se...—comenzó a decir el capitán Glogho, pero se detuvo.

Jadeante, magullado y sudoroso, el teniente Nhiskay, con un rollito en la mano y una exquisita sonrisa abierta en la boca, frenó en seco ante miss Nickman.

—Mi capitán, ¿había pedido cinta adhesiva?

—Gracias—dijo la joven, cogiendo el rollito que el otro le alargaba—. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

El oficial hizo una profundísima reverencia.

—Teniente Nhiskay — fue diciendo, comiéndosela con los ojos al enderezarse—. Del Correo del Organizador.

—Le repito las gracias—murmuró Jane Nickman, fríamente—. Puede retirarse.

—Yo...

— ¡Puede retirarse! — repitió, malhumorada, la agente del Servicio de Inteligencia Intersideral—. ¡Ah!—prosiguió, cambiando de tono, al darse la vuelta y ver que ya le habían servido—, ¡aquí están esas vitaminas!

Sin dar tiempo a que nadie dijese nada, se acercó la copita a los labios.

— ¡Hum!—chasqueó la lengua—. ¡Están riquísimas!

Y cuando parecía que iba a bebérselas de un trago, dejó la copita en el mantel que cubría la mesa y exclamó:

— ¡Ay, si ya no me acordaba de mi rasguño! Discúlpenme, voy a cubrirlo ahora mismo con la cinta adhesiva.

Aún estaba la muchacha hurgando por debajo del mantel cuando el mofletudo y grueso ordenanza primero de la Sala de Juntas se detuvo a su lado.

—Capitán Yhakotri... Capitán Sihteku—dijo el hombre morado, sin sacarse las manos dé las bocamangas de su bien cortado quimono y haciéndoles sendas reverencias—. El general Rhukata les ruega que acudan a su presencia.

Las cuatro personas que había en torno a la mesa se levantaron. Reverenciándose recíprocamente, los llamados por el Organizador del Cuartel General se fueron por un lado, y los capitanes Glogho y Nulhuta, por el otro.

La mesa quedó vacía, y la copita de las vitaminas fue durante un rato lo más importante del cosmos para el teniente Nhiskay, merodeante remolón que contenía a duras penas las ganas de probar de aquello que dejó sin consumir la estupenda capitán Yhakotri, de la Segunda División Femenina de la Muerte.

CAPITULO IV

Por eso he buscado un agente excepcional...»

Como se recordará—véase «SIN NOTICIAS DE URANO», donde, repetimos, comienzan estas aventuras—, tales fueron las palabras que el jefe del Servicio de Inteligencia Intersideral, refiriéndose al agente Nickman, es decir, a Jane Nickman, dirigió a míster Denison en su despacho de la Luna, cuando se le ocurrió que nadie mejor que ella podría sustituir a Tres, que había perdido contacto, misteriosamente, con la Tierra—así como todo el sistema 7 K y Tránmara Khewa—en el curso de sus investigaciones en Urano, cuyo Imperante, contraviniendo las órdenes emanadas en su día por el CIV Congreso Cósmico, tenía concentrada en Zantro, capital del Imperio del Sol Poniente, toda su enorme flota de astronaves de guerra.

No se equivocaba el Jefe: miss Nickman era excepcional. Tanto, que, una hora después de su arribada al Cuartel General, ya había logrado resolver uno de los asuntos que le habían sido encomendados: averiguar hasta dónde llegaban los científicos uranianos en su lucha por descubrir el secreto de la bomba Ultra H. de energía condensarla conseguida ya en la Tierra.

Una circunstancia, empero, hacía que la joven tuviera que comerse a bocadillos sus crispados nervios: ignoraba haber encontrado la solución del arduo problema.

Estaba segura, eso sí, de que más de una información habría caído en la relampagueante redada que llevó a cabo en la mesa de trabajo del general Rhukata, cuando éste, acuciado por Bruce—cuyo padre, en efecto, tenía una tienda de reliquias vetustas, aunque no en la Titania, sino en la Tierra—, estaba absorto contemplando sus falsas porcelanas terrestres.

Pero no pasaba de ahí. No conocía el contenido de los documentos encerrados en el sobre que acababa de pegar con cinta adhesiva, adosado al tablero de la mesa y por debajo de ella, en el salón de oficiales del Cuartel General de Zantro.

De haberlo conocido, a buen seguro que la agitación que ahora

le embargaba el ánimo no habría existido.

El avisado lector, a estas alturas, ya se habrá dado cuenta de cuándo, de cómo y de qué fue lo que hizo miss Nickman en el suntuoso despacho del Organizador General.

Según se consignó en el capítulo correspondiente, en tanto que el activo Ahbo salió en busca del visor óptico, la muchacha, en el instante en que Rhukata pegaba la cabeza al cristal de la vitrina de los cuencos, se agachó como para abrocharse una de las hebillas de sus sandalias de suela de plomo.

No se abrochó nada, sin embargo. Aunque era aterradoramente peligroso, lo que hizo fue dar un paso hacia atrás y salir del radio de acción de los receptores de célula autónoma que «enchufaban», por así decirlo, al general por la derecha. Los receptores de la izquierda no la podían captar, por la sencilla razón de que—aun sin contar a Gerald H. Bruce—el cuerpo del mismo general—hacia el cual estaban orientadas continuamente las células autónomas que lo «veían»—cortaba el campo visual de éstos, situados, como se indicó, en lo alto de las paredes, cerca del techo.

Y los receptores que estuvieran a la espalda del general Rhukata, en el tabique donde estaba la puerta que comunicaba con el vestíbulo, por causa, precisamente, de estar enfocando al anciano, tampoco podían descubrir la arrojada maniobra de Jane Nickman. Téngase presente que lo que les atraía no era ella, sino el elemento electrónico que el importante Organizador llevaba en su cinturón.

Imaginemos—por si aún la escena no ha quedado satisfactoriamente aclarada—el despacho a oscuras y con multitud de linternitas—los receptores de célula autónoma—iluminando al general desde arriba.

Fácilmente se ve que los conos de luz han de dejar una parte de sombra—la correspondiente a la base de las paredes—y que, por muchas linternas que haya, ni podrán atravesar el cuerpo del general, ni el fondo de la vitrina—metálico, como también se apuntó

Por otro lado, detrás de la vitrina—ya que los receptores, al no «ver» al general, no funcionaban allí—quedaba un campo «oscuro» del tamaño del mueble, campo por el cual se lanzó vertiginosamente miss Nickman hasta alcanzar el biombo y pasar a la mesa de trabajo.

Una vez ante ella, excusado es decir que no se entretuvo en admirar la soberbia talla de madera brillante y pulida—verdadera obra maestra de aquel arte terrestre vetusto que su dueño tantísimo admiraba—, ni el sillón giratorio de cuero repujado.

En mucho menos tiempo del que se tarde a narrarlo. Jane Nickman, demostrando hasta qué punto era apta para desempeñar la espinosa comisión que le habían confiado, realizó lo primero que le vino a su fértil imaginación.

Mientras con la mano derecha desparramaba un montón de sobres que había en una bandeja, con la izquierda cogió un sobre vacío y un copiador auditivo, que colocó sobre éste; y a la vez que leía las direcciones de los sobres que estaban preparados para ser enviados a sus destinos, acercando la boca al micrófono del copiador. susurró: «ZAYAKHUNO, SALÓN DEL ASTRONAUTA SOLITARIO. AVENIDA DE TROLIMEH. ZANTRO».

Luego, siempre con movimientos cronométricamente calculados y de brevísima duración, con la mano izquierda volvió el aparato a su sitio y con la mano derecha apartó tres de los sobres que había desparramado.

Cuando la mano izquierda tomó a juntarse con la diestra, entre las dos, con increíble seguridad, realizando cada una exactamente lo que debía y sin entorpecer o meterse en el terreno de la otra, como si fuesen independientes, amontonaron los sobres, introdujeron los tres separados en el que la joven había puesto la dirección, se lo aproximaron a la lengua y lo intercalaron por último, entre los amontonados.

Miss Nickman, tan rápida como silenciosamente, recorrió a la inversa el camino de ida y se levantó—en el radio de acción de las células autónomas ya—a la derecha del Organizador.

Entonces fue cuando Bruce suspiró como si se le hubiera quitado un gran peso de encima, al decir:

«—Es extraño, pero no debemos olvidar que estas porcelanas son de excelente calidad, aun no remontando la fecha de su confección a las remotas dinastías del Oriente de la Tierra que los vendedores sin conciencia os garantizaron».

La conversación que ya conocemos se va desgranando en la «humilde choza» que el general tiene por despacho, y la observación de los cuencos con el visor óptico que trae Ahbo da comienzo, mientras éste pasa al otro lado del biombo verde y procede a lanzar la correspondencia por la rampa.

La rampa, naturalmente, era eso: una rampa, un plano inclinado por donde el asistente mandó la correspondencia del general Rhukata al teniente Nhiskay, quien, en el helicóptero supersónico, llevó el sobre de Jane Nickman al Salón del Astronauta.

Miramos un instante más por el agüero de la retrospección y pasa ahora ante nuestra vista la entrada de Ehliya en el despacho y

la salida de todos, menos Ahbo. hacia la Sala de Juntas, en donde el anciano, de acuerdo con el jefe del contraespionaje uraniano, envía a miss Nickman y a Gerald H. Bruce al salón de oficiales, acompañados por el grueso y mofletudo, a la par que limpio, ordenanza primero.

El teniente Ghrasku, en el vestíbulo con Ehliya, tuvo ocasión de admirar nuevamente a la capitán Yhakotri con quimono, y se quedó mirando embobado cómo se alejaba.

Los agentes secretos, luego, oyeron rezongar al ordenanza, mientras caminaban a toda prisa por el pasillo:

—Seguro que estará vacío el salón. Nunca hay nadie a estas horas de la mañana.

— ¿Qué hace la oficialidad de Zantro?—le preguntó Bruce, como si él no lo supiera.

—Los que no están de servicio—replicó el pequeño ejemplar de uraniano—, se levantan a las tantas.

—En la urbe Tugur—aseguró miss Nickman— todos nos levantamos a la conexión de los amplificadores.

—En Titania será así — se encogió de hombros el ordenanza, sin dejar de andar, braceando con energía—. Aquí, por el contrario, hay quien no abandona el lecho hasta que no han salido los destellos verdosos de los reflectores nocturnos.

Se detuvo ante una puerta, pulsó un botoncito y, a la que se descorría el panel de aluminio—aluminio sometido a un electrolítico baño endurecedor como todo el que se empleaba para la construcción de los esféricos edificios de Urano—, dijo:

—Aquí es.

Se echó a un lado, se metió las manos en las bocamangas del quimono y se inclinó, ofreciendo, de no muy buena gana, por cierto:

— ¿Puedo servirles en algo más?

—En nada, soldado—agradeció Jane Nickman, devolviéndole por cortesía la reverencia—. Retírate.

Salvo un par de capitanes del Ejército de Superficie, en el salón de oficiales no había nadie. Es decir, sí: había también un soldado, detrás de una especie de mostrador, pero era como si no hubiese estado.

—Capitán Yhakotri—propuso Gerald H. Bruce—, ¿le parece que nos sentemos a la mesa de esos capitanes?

—Muy bien, capitán Sihteku—aceptó miss Nickman. Y dirigiéndose en línea recta a los uranianos, los cuales tenían sus verticales ojos fijos en ellos, inclinó la cabeza—: Buenos días, oficiales del Imperante—saludó—. No desearíamos, causarles

molestias con nuestra presencia. Somos de Titania, no conocemos a nadie, y... Permítanme que les presente a mi compañero: capitán Sihtoku, del Tercer Cuerpo Mortal, y yo misma, capitán Yhakotri, de la Segunda División Femenina de la Muerte.

—Es un honor para nosotros poder saludarles—dijo uno de los uranianos.

—Les damos la más cordial bienvenida—dijo el otro—. Yo me llamo Glogho, mi compañero, Nulhuta, capitanes ambos del Ejército de Superficie.

—Sírvanse tomar asiento, por favor—les invitó el capitán Nulhuta, indicándoles las dos sillas libres que había a su lado—. ¿Cuál es su bebida preferida? ¿O les gustaría más, tal vez, alguna inhalación...?

— ¡Bah, bah...!—le interrumpió el capitán Glogho—. Las inhalaciones de aquí no valen nada. Si lo desean, podemos ir a un establecimiento que conozco, donde...

—No nos es posible—le cortó, a su vez, Bruce, sentado ya, igual que la joven—. No saben con cuánto gusto aceptaríamos su sugerencia, pero el Organizador nos llamará de un momento a otro y, como comprenderán—sonrió—, no querríamos que esperase por nosotros.

—Entonces—continuó Glogho—, les obsequiaremos con la especialidad del Cuartel General de Zantro: té terrestre.

—No sé si le gustará, capitán Yhakotri—se rascó la cabeza con el índice el capitán Nulhuta—. A nosotros, particularmente claro, no nos importa confesarles que lo encontramos mejor que ninguno.

Jane Nickman cerró los puños.

— ¡¿Cómo pueden opinar así?!—saltó—. Basta y aun sobra con que sea terrestre para que yo lo odie. ¡Cómo se nota que no han dedicado ustedes su vida a nuestro Imperante! Si pertenecieran, como nosotros, al Ejército Suicida, ni les gustaría el té «made in Tierra» ni nada que proviniese de nuestros seculares enemigos.

El capitán Nulhuta se puso sonrosado.

—Disculpe, capitán Yhakotri—dijo, terriblemente serio—, la imprudente franqueza de mis palabras. Pero—añadió—puede estar segura de que, si llega la ocasión, aunque no pertenezcamos al Ejército Suicida, sabremos cumplir con nuestro deber.

— ¡Vamos, vamos!...—intervino Glogho, conciliador—. Calmen esos ánimos y no haya discusión. Guarden las energías para cuando deban demostrarlas, que no es este el momento más adecuado para hacerlo. Capitán Yhakotri, sírvase aceptar las disculpas del capitán Nulhuta y no se hable más del asunto.

—No hay inconveniente por mi parte, capitán Glogho. Las acepto muy gustosa y ruego a mi vez al capitán Nulhuta que perdone mi intemperancia. Es que no me encuentro bien. ¿Tendrían la amabilidad de indicarme dónde está el lavado?

— ¡No faltaría más!—accedió Nulhuta, olvidando lo sucedido—. Por allí, por el pasillo de la izquierda...

Miss Nickman se levantó de la mesa y se dirigió, al parecer, al lavabo.

Pero donde en realidad fue, estaba bastante lejos de allí.

Naturalmente—antes ya se ha dicho y es lógico que así fuera—, la bella agente del Servicio de Inteligencia Intersideral tenía una idea exacta de la topografía del esférico Cuartel General—y de Zantro también—y, por lo tanto, le resultó sencillísimo salir a la calle por la puerta de Levante, la más próxima al salón de oficiales.

Nadie quedaba en el Cuartel que no estuviese enterado de la llegada de los tripulantes de la astronave desintegrada en la escafandra urbana. Numerosísimos soldados y algunos oficiales, los habían visto cuando penetraron por la pasarela móvil septentrional, enfundados aún en sus «monos» de vuelo.

No tiene nada de raro, pues, que a la muchacha, el centinela de la puerta, conociéndola, le dirigiera un respetuoso saludo.

A partir del saludo, Jane Nickman pareció poseída de una prisa descomunal.

Saltando de la pasarela móvil a la acera lenta —metálica cinta que, con otras tres, de velocidades crecientes, corrían escalonadas por las avenidas principales de la capital del Imperio del Sol Poniente—, pasó como una exhalación por las dos intermedias y, derribando o llevándose por delante a algunos de los vendedores que pululaban vociferando por allí, se lanzó a la acera veloz—situada en el plano inferior—, en la que avanzó un trecho.

Después, como si la enorme aceleración que llevaba aún le resultase pequeña, miss Nickman saltó a un vehículo de ruedas que se deslizaba por la anchísima calzada, a un paso de ella y a idéntica velocidad que la suya.

Perplejo, el conductor del vehículo, especie de aerodinámico bólido alargado éste, la vio quedarse sentada en la cubierta del motor y hacerle señas de que acelerara.

Seguramente el morado individuo se habría negado, pero el revólver desintegrador que la joven sacó a relucir, aun estando separado de él por el transparente parabrisas—teóricamente inastillable y a prueba de descargas—, le quitó las ganas de desobedecer.

La audaz Jane Nickman no apuntaba directamente al chófer, el cual, dicho sea de paso, no se preocupaba ni poco ni mucho de que le interceptasen la visión, porque en el salpicadero tenía el radar.

De espaldas a la ruta, sentada a horcajadas en el «capot» y con el quimono de plástico bien abierto, para que se viera el «mono» de astronauta que vestía debajo, la muchacha iba como jugueteando con el arma.

Pero una vez que al que guiaba le entraron ganas de lanzarse en una dirección inadecuada, se encontró tan fiera como firmemente encañonado.

Sin aminorar la extraordinaria marcha que ya habían adquirido para entonces, el bólido prosiguió en línea recta hasta casi el final de de la anchísima avenida, instante en que miss Nickman conminó al hombre a que se acercara a lo que podríamos llamar el bordillo de la acera, porque tal era, desde luego, por más que se moviera, el resalte, el escalón, que la acera presentaba al borde de la calzada.

Y cuando el atemorizado uraniano hubo puesto el vehículo a la velocidad que la joven quiso, saltó ésta a la susodicha acera y se dejó llevar por ella hasta la porción terminal, por donde salió disparada hacia adelante.

Un centenar de metros más allá, correctamente—es decir, sin apartarse de las instrucciones dictadas al efecto, en evitación de accidentes—, cayó de pie en el pavimento y echó a correr.

Las intermitentes ráfagas de aire de la Gran Central Generadora, como si su deseo fuera el de ayudarla, la empujaban de tiempo en tiempo. Los rayos de los amplificadores de Sol reverberaban en las bruñidas construcciones de aluminio.

Se hallaba en las proximidades de la Avenida de Uhgasto, pero no se dirigió a ella. Echó por una calle lateral, carente también de aceras móviles, y saltando por entre varios incipientes de pintura en polvo y demás elementos de decoración, se metió en una casa a medio construir.

En apariencia, allí debió quedarse. Por lo menos, de no conocerla muy bien, nadie la hubiera identificado con la mujerzuela del quimono azulado y lleno de manchas, que llevaba el grisáceo cabello revuelto, la rara sucia y que cojeaba al caminar.

Podemos afirmar que aquella caricatura de mujer no se asemejaba lo más mínimo a la elegante Jane Nickman, de impecable peinado y de quimono de brillante colorido: ribetes rojos y pájaros de plumas de alegres tonos, reposando en un fondo azul claro.

Sin embargo, como vamos diciendo, era ella. Y no había tardado

en verificar tan radical transformación más que el tiempo necesario para introducirse por la entrada principal del esférico edificio y salir por la posterior.

Sin dudar sobre el camino a recorrer, siguió su interrumpida carrera. Atravesó, a toda marcha, la calle, se metió por otra, dobló una esquina y se detuvo, al fin, ante una cerrada puerta de aluminio.

No se molestó en llamar. Se removió el pelo y se sacó un largo agujón—similar a los usados en el Oriente de la Tierra—, que, pese a su inocente aspecto, debía tener una aplicación muy diferente a la simple de sujetar el peinado.

Lo empujó por la cerradura, hurgó en ella como si la pinchara y el paso quedó libre. Se coló dentro de un salto, cerró la puerta y se apresuró a correr hacia otra, que había enfrente, porque ésta comenzaba a abrirse, y se puso detrás.

El que llegaba podía no ser Zayakhuno. y...

Aunque el dueño del Salón del Astronauta Solitario no había sido agente del Servicio de Inteligencia intersideral, debido a la amistad que le había unido a uno de los miembros del sistema 7 K. en ocasiones había actuado de enlace entre éstos y la Luna.

Podía, pues, confiarse en él. Y por este motivo, aun sin saber de seguro si existía o no, miss Nickman le había remitido el sobre desde el Cuartel General.

El que llegó, como nosotros sabemos, fue Pletisu, en busca del copiador auditivo que solicitaba el astronauta a quien se le acababa de quemar el papel.

Sucedió en la trastienda la escena que también conocemos y, cuando casi no se había caído el uraniano del todo al suelo, Jane Nickman, apretando entre sus manos el sobre que encontró fácilmente en la alacena, se fue más que a paso.

Tampoco ahora podía detenerse a abrirlo. Debía correr con todas sus fuerzas. El general Rhukata les llamaría a Bruce y a ella de un momento a otro, y tenía que estar para entonces en el salón de oficiales.

Deshizo el comino que anteriormente recorriera y se metió ahora por la puerta posterior de la casa en construcción. Se despojó sobre la marcha del quimono, que a la ida había manchado con la pintura en polvo que encontró, y verificó a la inversa la operación, o sea, lo sacudió para desprender la pintura pulverizada que lo ensuciaba y se lo volvió a poner, por el lado derecho del plástico esta vez, con lo que los pájaros tornaron a mostrar sus gayos plumajes estampados en el azul claro del fondo.

Se limpió la cara con el pañuelo y. a la carrera siempre, surgió por la entrada principal, arreglándose el cabello.

El esfuerzo realizado le agarraba las piernas con sus tenazas de cansancio y notaba en todo su ser el imperioso alto que le echaba la fatiga. Pero no debía detenerse aunque la distancia que la separaba del comienzo de las aceras móviles fuese la última que recorriera en su vida.

Las palabras del Jefe del Servicio de Inteligencia Intersideral le servían de acicate y le ponían música de fondo en el recuerdo mientras corría y corría...

—«NO OLVIDE QUE, ADEMÁS DE SU SEGURIDAD PERSONAL. ESTA EN JUEGO LA DEL COSMOS ENTERO».

Cuando alcanzó la acera veloz, se dejó caer desfallecida y descansó unos momentos. Luego, con meticulosa pulcritud, en tanto que se deslizaba velozmente hacia el Cuartel General, fue rehaciéndose el peinado.

Lo terminó justo a tiempo para abandonar la acera y saltar hacia la superior. Cruzó la pasarela móvil, nuevo saludo del centinela... ¡y el lavabo por fin!

El agua destilada del grifo principió a llenar la pila. Un recto suspiro de verdadero alivio, que le salió a Jane Nickman de lo más profundo de su alma, fue. a estrellarse contra el pensamiento de que no sabía qué hacer con el abultado sobre.

A medida que se iba lavando, iba derribando unos tras otros cuantos planes se le quedaban en equilibrio en la mente.

¿Seguir ocultándolo entre las ropas? ¡No! Demasiado arriesgado: imposible. Las pantallas de rayos X lo descubrirían al entrar en la Sala de Juntas.

¿Dejarlo allí mismo, en el lavabo? ¡No! Entronan demasiadas mujeres de las Divisiones de la Muerte y la casualidad es amiga de la multitud.

¿Dárselo a Bruce? ¡Tampoco! ¿Para qué? ¿Acaso él estaba en mejores condiciones para guardarlo?

El ágil cerebro de miss Nickman hizo una cabriola genial y se quedo asido al escondite más seguro que encontró: el tablero de la mesa del salón de oficiales por la parte inferior. Cuando la ocurrencia de dejar clavado el sobre con el agujón del pelo le dio un pinchazo. la muchacha la retiró—porque cualquiera que cruzara las piernas «a lo terrestre», sentado en una silla, podría descubrirlo, cosa que decidió comprobar por sí misma—; pero volvió a la carga, cubierto el pinchazo con la cinta adhesiva de su atrevida idea, y la llevó a la práctica, según hemos visto, con intervención del

peripuesto teniente Nhiskay, del Correo del Organizador, que quería quedarse demasiado cerca de ella, por lo que hubo de espantarlo con cajas destempladas.

Con el tiempo justo para dejar adherido el sobre bajo el tablero de la mesa, tuvo que levantarse de su asiento y despedirse brevemente de los capitanes del Ejército de Superficie, para, en compañía de Gerald H. Bruce y guiados ambos por el grueso ordenanza de los carrillos abultados, enfilar el pasillo que unía el salón de oficiales con la Sala de Juntas del Cuartel General de Zantro.

Tanto ella como él, los dos agentes terrestres adivinaron que les esperaba un mal trance.

Era como un halo de premonición que les cercaba por completo; como una puñalada lenta de invisible presagio; como un agujero de vacío en el estómago...

CAPITULO V

Por entre las fauces de su metálica puerta, abierta para engullirse a Jane Nickman y a Bruce, un murmullo confuso de conversaciones apagadas surgió de la Sala de Juntas.

Ambos miembros del Servicio de Inteligencia Intersideral sabían ahogar las emociones con el cordón de sus nervios domesticados; pero una corriente de intranquilidad les estaba impidiendo moverse con soltura cuando el ordenanza los encerró y las palabras de los cuchicheos quedaron anuladas por la clara dicción del general Rhukata:

—Adelante, astronautas de Titania. Servíos honrar nuestra mesa con vuestra presencia.

—Gracias, general... Nosotros...

El ordenanza les acercó sillas y, sin que ni el uno ni el otro pudieran decir cómo, se encontraron sentados en la cabecera de la mesa—que ahora tenía un puesto sin ocupar—, a los lados del anciano Organizador.

—Capitán Yhakotri, capitán Shiteku—dijo el general Rhukata—. Deseamos sus autorizadas opiniones en una cuestión de suma trascendencia para Urano. Estamos seguros de que no querréis negar a esta Junta la sabiduría de vuestra experiencia militar.

El general secretario, Kahi, aun a riesgo de ganarse alguna reprimenda de Rhukata, se levantó de su asiento y se dirigió al jefe del contraespionaje, en cuyo oído dejó caer unas gotas de murmullos ininteligibles.

Las pupilas del general Trohda se encendieron y Kahi volvió a su silla.

El general Rhukata, ajeno a lo que había ocurrido, seguía con la retahíla de sus frases, salpicándolas con amistosas sonrisas:

—La casualidad ha hecho que vosotros hayáis sido los últimos en llegar a Zantro desde la urbe Tugur, En vuestros recuerdos están más recientes que en los de nadie el febril ajetreo de los científicos que trabajan en los laboratorios especiales. Ningún astronauta mejor que vosotros, pues, para vaticinar si el ataque a la Tierra

tendrá que darnos la victoria que buscamos o se hundirá en las profundidades del vacío.

¡Al fin descubría el Organizador del Cuartel General el motivo de haberles llamado...!

Las oleadas de la imaginación de Gerald H. Bruce le pusieron un extraño calor en la cabeza y le hicieron ver a millones y millones de hombres apelotonados en las astronaves de la flota uraniana...; millones de astronautas suicidas tirándose en picados de muerte sobre todos los obstáculos que las naves intersiderales pudieran encontrar en su etérea ruta...

Vio ciudades terrestres ardiendo, con sus fábricas deshechas, sus cosmódromos inutilizados...; vio nubes de astronaves de combate cayendo en tromba desde todos los ángulos del cielo, rompiendo barreras defensivas, machacándolo todo, aplastándolo todo, ¡desintegrándolo todo!

El general Rhukata proseguía hablando:

—Vosotros, dueños del Espacio, conocéis el poderío de nuestras armas y sabéis la bravura sin igual con que las usan nuestros soldados, héroes incomparables... No obstante, esta Junta os agradecerá vuestra opinión sobre un punto: ¿creéis que nuestro armamento está en consonancia con la envergadura de la operación que vamos a intentar?

Un rayo de esperanza deslumbró a miss Nickman: ¡no conocían el secreto de la bomba Ultra H!

— ¿No os parece—continuó diciendo el anciano—que con otra arma más potente que el mayor de nuestros proyectiles desintegradores...?

El rayo de la joven iba perdiendo luz: ¡conocían la energía condensada!

— ¿...podría llevarse a cabo de manera más rápida y espectacular?

El organizador del Cuartel General se calló, y un silencio pesado, macizo, duro, golpeó a los dos agentes terrestres cuando se dieron cuenta de que la concurrencia estaba pendiente de ellos.

—Sí—exclamó Bruce, con no poca ingenuidad, tratando de sonsacar—, me parece que con ese arma... ¿Cómo se llama...? La...

— ¡No!—restalló Jane Nickman con el látigo melodioso de su voz—. No necesitamos armas nuevas. ¡Si las unimos a nuestro valor, nos sobran con las que tenemos! La empresa es arriesgada, pero estamos prontos a morir. La cabeza podrá horadar hasta el acero electrolizado si es más dura que él. ¡Nuestra energía es más

dura que el acero: lo agujerearemos por tantos sitios como sea necesario!

Dejó de hablar y abarcó la Sala con una mirada encendida, con la que, por último, abrasó a Gerald Bruce.

—Claro que, como muy bien acaba de decir la capitán Yhakotri —se apresuró éste a rectificar—, nuestro valor nos abrirá camino por donde quiera que vayamos. De los hombres que tengo bajo mi mando—añadió, intentando derivar la conversación—puedo decir que aguardan con impaciencia la hora de entrar en combate.

—Un momento, capitán Sihteku—intervino el jefe del contraespionaje, levantando una mano—. ¿Habéis dicho que vuestro valor os abrirá camino por donde quiera que vayáis?

—Así es, general Trohda—contestó, extrañado, Bruce—. Y llevo más allá la afirmación: no sólo mis hombres, sino los que integran todas las Divisiones Mortales y todos los Cuerpos de la Muerte...

—Bien, bien..., capitán Sihteku—interrumpió el general, mordiéndose el labio inferior—. No pongo en duda—agregó—la acometividad de nuestros combatientes..., capitán Shiteku. ¿Está seguro—machacó—de que su valor le abrirá camino por donde quiera que vaya?

Las lanzas de las miradas de los dos hombres, rodeados de una calma de mal agüero, chocaron fuertemente, con golpe silencioso, sobre el tablero de la larga mesa.

Gerald H. Bruce fue buscando el cuerpo de su contrincante cuando respondió:

— ¡Sí, estoy seguro!

Al jefe del contraespionaje se le llenaron de llamas sus verticales ojos, y, con toda tranquilidad, como recreándose en la suerte, preguntó:

— ¿Y si vas por Mender Street.,..?

El lanzazo acertó de lleno en el espíritu del agente secreto y se lo derribó a la arena de la sorpresa, donde fue aplastado por el implacable general Trohda: Mender Street era la calle donde el padre de Bruce tenía la tienda de reliquias vetustas en...

—¿...en Kansas City, Gerald Harold Bruce, espía traidor?

Todos los presentes se pusieron en pie como empujados por un resorte electrónico. Nadie, sin embargo, se movió con tanta premura como Bruce, quien, con increíble soltura, dada su corpulencia, engarfió los dedos en la culata del revólver que colgaba de su cinturón y quiso levantarse.

Pero no se levantó. Su vista, al empuñar el arma desintegradora, habíase posado una milésima de segundo en la gruesa alfombra

que cubría el metálico piso de la Sala de Juntas, alfombra que, dicho sea entre paréntesis, actuaba de aislador, impidiendo que los dispositivos de teledefensa actuasen allí, ya que tanto los anuladores radiactivos como las ondas paralizadoras musculares o las desintegradoras mismas, se propagaban, desde los Nexos Televisivos, por el suelo de aluminio.

Y no sólo no se levantó Gerald Harold Bruce, sino que parpadeó como si el golpe que le acababan de asestar en el ánimo se lo hubieran dado en la cara, y pareció empequeñecerse, apabullado y perplejo, y disolverse en el aire de la Sala.

¡El regordete ordenanza primero tenía un 3 pintado en una de las correas de sus emplomadas sandalias! ¡Un 3.... luego él era—aunque estuviese tan incomprensible como maravillosamente bien disfrazado—el desaparecido jefe del sistema 7 K terrestre que operaba en Urano!

¡Tres, el agente del Servicio de inteligencia Intersideral a quien había ido a sustituir miss Nickman!

Bruce había perdido la ventaja inicial que sacara a los iracundos jefes uranianos, todos los cuales le apuntaban ya—Jane Nickman inclusive—con sus respectivos revólveres.

Pero no le importaba: ¡Tres estaba allí! El tenía que limitarse a esperar que sonara una palmada, señal de ataque a fondo...

El agente secreto era lo suficientemente valiente para atreverse a ser cobarde. En aquel instante difícil, amarrándose el ímpetu que pugnaba por escapársele y echarlo todo a rodar, tuvo el valor necesario para quedarse quieto, inmóvil como una estatua, corriendo impávido el espeluznante riesgo de que lo desintegraran, sin poner cuanto estuviese en su mano para evitarlo.

El solo no podía nada, mas, apenas sonase la palmada...

Si un loco se empeñara, para llegar al Sol, en dar un salto al borde de un acantilado terrestre, lo seguro es que, lejos de elevarse, se precipitaría al abismo. Bruce estaba a la orilla del cantil de la muerte; si intentaba llegar sin ayuda al Sol de una escapatoria novelesca, se hundiría irremisiblemente.

Por eso prefirió no moverse y esperar a que sonara la palmada. Y aún estaba vivo. Tres entraría en acción y también miss Nickman. Entre todos...

La bravura la valentía, puede que sea una... «locura moderada». Pero si se desenfrena entonces es locura a secas, sin paliativo de ningún género.

Gerald Harold Bruce era un valiente, no un loco; y, por otra parte, estaba henchido de esperanza. Aguardaba la palmada con

afán indecible.

Como no tiene nada de sencillo ponerle trabas a la locura que intoxica el cerebro, al parecerle que la señal se retrasaba más de lo conveniente, tuvo que realizar sobrehumanos esfuerzos para dominarse las ganas de sacar el revólver y emprenderla a tiros... aun a sabiendas de que no tenía nada que hacer.

Las fracciones de segundo caían a plomo en la habitación y se clavaban como alfilerazos en el impaciente terrestre morado, que las sentía transcurrir con aterradora celeridad.

—«¡Tres ha de dar la palmada!»—pensó con todas sus fuerzas.

Pero se equivocó de medio a medio. La señal de ataque a fondo no sonó.

Todavía estaba Bruce mirando a la alfombra cuando entraron los soldados de la guardia y, entre insultos de los circunstantes, se lo llevaron a empellones.

Los últimos improperios salieron de las bocas de Jane Nickman y del ordenanza de las mejillas abultadas.

Luego se cerró la metálica puerta de la Sala de Juntas y cada cual volvió a sentarse en su puesto alrededor de la mesa.

El jefe del contraespionaje, carraspeando, atrajo hacia él la atención del resto de los generales del Imperio del Sol Poniente.

—Capitán Yhakotri—dijo después, taladrando con las pupilas a miss Nickman—, ¡ahora le toca a usted!

… …
… … … … … …

Las palabras se las llevan las ráfagas intermitentes de la Gran Central Generadora, pero si se graban en plástico con un copiador auditivo, no hay viento que las borre.

Gerald Harold Bruce, en el despacho del general Rhukata, había tenido una equivocación. Una equivocación pequeñísima, apenas perceptible al oído, que quedó marcada en el plástico de uno de los copiadores auditivos del servicio de contraespionaje de Urano y que fue la causa de que lo desenmascararan.

Como se recordará, el agente secreto dijo:

—«Mi padre tiene en la Ti..., ¡ejém!, en la Titania un despacho de reliquias vetustas...»

No podemos, ni queremos, hacer pasar por inepto al personal del contraespionaje uraniano. Por lo tanto, nos apresuraremos a manifestar que estaba formado por hombres duchos, capaces de ponerle las peras a cuarto al más pintado, y de eficiencia comparable a la de los mejores del cosmos, a los cuales, tal vez,

llevaban la ventaja de su fantasía oriental, legada por sus descubridores terrestres.

Al ser recibidos por el anciano Organizador del Cuartel General los agentes del Servicio de Inteligencia Intersideral, el encargado de la teledefensa estuvo a punto de pulsar algunos de sus dispositivos.

El astronauta suicida había dicho, refiriéndose a las porcelanas de la vitrina:

—«Sí, no hay duda, son indignas del burdo cristal que las cubre».

Y eso sonaba a insulto. Mas como la voz del capitán siguió llegando al Nexo Televisivo serena y tranquila, excusándose y explicando satisfactoriamente el motivo de sus palabras, el encargado de teledefender al general, que por algo desempeñaría un cargo de tanta responsabilidad, se convenció de que no existía peligro, como no fuera para el propio astronauta—ya que el mismo general le encañonaba con su revólver desintegrador—, y esperó tranquilo, escuchando por el altavoz el resto del coloquio.

El cilindro de plástico que iba recogiendo cuanto se hablaba en el despacho, se acabó. Y el atento uraniano lo sacó del vástago donde giraba y lo envió sin dilación a la oficina donde debían supervisarlo.

Luego, apresuradamente, colocó otro cilindro de plástico enrollado debajo del micrófono del copiador auditivo, en contacto con el cuadradito inferior que, en este caso, pasaba de cuadradito, ya que el aparato no era de sobremesa, sino grande y automóvil, es decir, que movía por sí mismo el Cilindro.

Los supervisores notaron en seguida la «duda» del que ellos creían capitán Sihteku y se les quedó colgando el embrión de una vaga sospecha.

Aunque un tanto desganada, porque el asunto era de puro trámite, la oficina de contraespionaje se puso a trabajar. Trámite o no, había que aclarar, dentro de lo posible, aquella «vacilación» del astronauta de Titania.

El interés de la investigación adquirió proporciones gigantescas cuando se enteraron de que en la Titania—como solía el Satélite ser llamado por los naturales—, de los establecimientos de reliquias vetustas que existían, ninguno era de la propiedad del padre del capitán Sihteku.

La vaga sospecha del primer momento, con las alas del interés que le habían salido ahora, se elevó aún más al llegar a la conclusión de que «la Ti...» podía ser «la Tierra».

¡Cualquiera sabía las tiendas de reliquias vetustas que habría en

la Tierra! Si se hubiera tratado del clásico problema de la aguja en el pajal, por muy grande que fuera el depósito de paja, se podía asegurar que la aguja aparecería: era cuestión de más o menos hombres y bastaba con destinar uno para cada pajuela.

¡Pero averiguar desde Zantro (Urano) los establecimientos de la clase citada abiertos en la Tierra!

Era como para desanimar a cualquiera. Y más todavía, porque los astronautas suicidas eran personajes tan encumbrados, que hasta el Imperante tenía a gala departir con ellos y brindarles su amistad.

Un error... y las tenazas de las plantas carnívoras del Valle harían presa de más de cuatro de los funcionarios encargados de realizar las pesquisas.

De una cosa no cabía duda: el capitán Sihteku..., o quien fuese, era un auténtico conocedor de las célebres, preciadas y antiquísimas porcelanas chinas. Los detalles técnicos, registrados en el segundo cilindro de plástico, alejaban la sospecha de que pudiera tratarse de un impostor en ese sentido.

Había demostrado palpablemente que los cuencos del Organizador del Cuartel General eran realmente falsos.

Las investigaciones se deslizaron a ritmo de vértigo. Las pantallas televisoras de la oficina fueron usadas multitud de veces y, en todas ellas, se hizo siempre la misma pregunta:

—Profesor, ¿conoce las «porcelanas de mostrador»?

No. Ningún profesor universitario que pudiera estar relacionado con reliquias vetustas conocía las de referencia.

—«Debe ser demasiado antiguo»—contestaban todos, a través del vidrio esmerilado de las pantallas.

Tampoco los coleccionistas.

Ningún comerciante de antigüedades.

Nadie, al parecer, en Urano había oído hablar en su vida de las «porcelanas de mostrador».

Un avisador de pantalla de recepción, inopinadamente, cuando ya se estaban perdiendo las esperanzas de conseguir algo, sonó en la oficina del contraespionaje.

Uno de sus miembros, malhumorado, abrió la comunicación.

—He reflexionado sobre la pregunta—dijo el uraniano que quedó enmarcado en el vidrio receptor—y me parece recordar que, en efecto, hay un método para descubrir los fraudes de ciertas obras de la alfarería terrestre vetusta. Consiste en que, si los vidriados no tienen el punto exacto de cocción...

— ¡¿Es que quiere darme una conferencia?! —gritó el del

contraespionaje, aumentando el malhumor.

—No—movió la cabeza el de la pantalla—. Doy todas las explicaciones que puedo con objeto de ayudar mejor. Escúcheme, por favor: si los vidriados no tienen el punto exacto de cocción, a una distancia muy difícil de determinar, pierden la brillantez que deberían poseer, pero, sin embargo, en ciertos casos, la ganan extraordinariamente si se les observa desde muy cerca. Este es el motivo de que esta clase de porcelanas se las conozca con el nombre de «porcelanas de mostrador». Me parece recordar que no hay en el cosmos ni tres personas capaces de encontrar la distancia justa para descubrir la falsificación, la cual, por otro lado, puede descubrirse con relativa facilidad sin más que fijarse en las firmas y en las contraseñas. Para que lo comprenda mejor: la contraseña de Tsing, por ejemplo, consiste en un...

— ¡No me interesan las contraseñas de Tsing, ni las de Yen, ni las de Ming!

—Es curioso... ¿Qué le interesa entonces? Yo creía...

— ¡Creyó mal! Me interesa sólo esto: ¿ha oído hablar de las «porcelanas de mostrador» ?

— ¡Ya he dicho que sí!

— ¿Dónde oyó hablar?

—En la Discoteca Nacional.

— ¿Con quién habló?

—No hablé yo. Lo escuché en un disco antiguo.

— ¿Cuál era?

—No recuerdo. Hace muchos años.

— ¡Acuérdese!

—Me parece que era de un autor terrestre.

— ¡Siga!

—Un tal Harold.

— ¡Siga!

—No sé más.

Cinco segundos más tarde salían dos agentes camino del esférico edificio de la Discoteca Nacional de Zantro, y los archivos de la oficina de contraespionaje barajaban las fichas del sector H.

Tres minutos después, todos los Harold estaban sobre el tapete; y casi no había transcurrido otro tanto tiempo cuando ya estaban separados los Harold comerciantes, de los que costó poquísimo apartar los que se dedicaban a negociar con reliquias vetustas.

No creemos necesario advertir que el departamento de archivos electrónicos de la oficina del contraespionaje del Imperio del Sol Poniente, guardaba los nombres de todos los uranianos que en otro

tiempo vivieron en Urano o en sus cuatro Satélites y que emigraron a la tierra, donde algunos hasta habían muerto ya de viejos, no sin legar a sus descendientes sus caracteres fisionómicos.

Gerald Harold Bruce y Jane Nickman, que eran morados y tenían las características de los habitantes de Zantro—nariz chata como un parche, ojos verticales y pelo grisáceo, con aspecto lanoso, ensortijado—, no eran otra cosa que descendientes de los que estábamos diciendo.

Pues bien, toda la enorme lista de emigrantes, facilitada oportunamente por el departamento de emigración, se encontraba en perfectas condiciones de uso y era apreciada como oro en paño, porque, como a nadie se le ocultará, significaba algo así como la lista completa de los posibles espías que la Tierra debía mandarles.

Y de aquella nutridísima relación, hecha la selección necesaria, surgió el nombre de un traficante de reliquias vetustas de Kansas City, llamado Wagy Harold, casado con Tassumi Bruce, con un hijo llamado Gerald y con su negocio instalado en Mender Street.

Las telefotografías que ilustraban la ficha eran de mediana calidad, ya que habían sido obtenidas subrepticiamente. Pero, aun así, en el mocetón que se veía en una de ellas podía reconocerse al «capitán Sihteku, del Tercer Cuerpo Mortal».

Un instante después se comenzó a comprobar la personalidad de la capitán Yhakotri y, siguiendo un método similar al descrito, también se logró descubrir que no era la verdadera.

Y más cosas, como inmediatamente se verá.

CAPITULO VI

Ahora le toca a usted!

Sin que el pasmo se le asomara al rostro, Jane Nickman dejó que la ruleta de su imaginación girase vertiginosamente.

¿Por dónde saldría el general Trohda?

La voz de éste volvió a escucharse en el silencio de la Sala de Juntas y percutió en los oídos de la muchacha con fuerza de martillazos:

— ¿Tendría la amabilidad de enseñamos el tatuaje, capitán Yhakotri?

¡El tatuaje! ¡¿Qué tatuaje?! La capitán Yhakotri, de la Segunda División Femenina de la Muerte, no llevaba ningún tatuaje sobre su cuerpo: se lo habrían hecho saber en la Luna y hasta, seguramente, de haberlo llevado, le hubiesen puesto a ella otro igual.

Sin embargo, el jefe del contraespionaje pedía que les enseñase el tatuaje; luego la astronauta suicida estuvo tatuada «alguna vez».

¡Eso tenía que ser! ¡No la cogerían en tan inocente cepo!

—El tatuaje fue borrado—respondió, mirando con fijeza al general Trohda.

Y el terrible general, tras morderse el labio inferior, exclamo mego, redondeando las palabras al modularlas:

—Me lo imaginaba.

Y dejando en medio un espacio de pausa, prosiguió, tan lento que semejo retorcer los vocablos:

—Lo que no imagino es el motivo que ha tenido usted para matar a Pletisu.

¡La trastienda del Salón del Astronauta Solitario, con la idea de que había matado sin querer al hombre a quien golpeara, vertió a la joven un jarro de agua destilada en la columna vertebral!

Pero como miss Nickman no conocía el nombre de aquel individuo, un brillo de sinceridad dio lustre a su contestación.

—No conozco a ningún Pletisu—dijo, elevando los hombros con ostensible despreocupación.

El general Trohda, parpadeando, inquirió:

— ¿Acaso estaba muerto ya...?

No había duda: debían haberla seguido los pasos y era inútil continuar la comedia.

No obstante, Jane Nickman probó todavía a mantenerse a flote.

—No sé lo que queréis decir, general Trohda.

— ¿Niega usted..., capitán Yhakotri, que estuvo hace poco en la trastienda del Salón del Astronauta Solitario?

— ¡Claro!

—No tan claro..., capitán Yhakotri. ¡Por lo menos hasta que no te quites el quimono en nuestra presencia!

— ¡General Trohda—amenazó la muchacha—, al Imperante han de llegar esas groserías... intolerables!

La concurrencia se sobresaltó. Si el Imperante se enteraba de aquello, el jefe del contraespionaje les iba a meter a todos en un aprieto delicadísimo por haberlo consentido.

¡Tutear a una astronauta suicida y, por añadidura, incitarla a que se despojara del quimono! ¡Ahí era nada!

El general Trohda, en especial, parecía estarse buscando el servir de alimento a las plantas carnívoras.

Pero no. no se estaba buscando nada malo. Se impresionó menos que nadie con la amenaza de la joven y se recuperó casi en el acto.

Y brillándole el triunfo en sus verticales ojos, fue dejando caer la frase que alivió a todos..., menos a Nickman:

—Tengo autorización del Imperante para desenmascararte.

¡Parecía imposible! Todos los cabos referentes a la verdadera capitán Yhakotri, hallada días antes en pleno éter, a bordo de la astronave que el capitán Sihteku pilotaba, habían sido concienzudamente empalmados por el Servicio de Inteligencia Intersideral de la Tierra, que hizo acudir a Bruce y a ella a «concentrarse» en Zantro, desintegrando la astronave «accidentalmente» en la escafandra urbana.

—Quítate, pues, el quimono de buen grado —siguió diciendo el jefe del contraespionaje de Urano—, que, si no, te lo vas a tener que quitar a la fuerza.

¡Imposible! Obedecer equivalía a descubrir su precipitada salida del Cuartel General: el azulado revés del quimono, liso y sin pájaros ni ribetes rojos, tenía que conservar huellas de polvo de pintura.

¡Valía más morir matando! ¡Qué lástima de sobre, abandonado en la mesa del salón de oficiales! ¡¡Todo el trabajo perdido...!!

La mano de miss Nickman se clavó como una centella en el estuche del revólver y, de no haber sido porque alguien la golpeó la

cabeza por detrás lo hubiera empuñado.

Fue un trastazo dolorosísimo, una punzada llena de puntos brillantes que le puso negras las ideas y la sumió en la inconsciencia.

Mientras se desplomaba en el suelo, cuya alfombra la recogió amorosamente, los jefes del Imperio del Sol Poniente se levantaron de nuevo de sus sillas y volvió a reinar una baraúnda indescriptible en la Sala de Juntas.

Un hombre tan sólo conservó la calma: el grueso ordenanza primero, que estaba mirando como embobado un antiguo reloj de repisa que tenía en las manos, roto el cristal de la esfera y abollado, con el que había golpeado a Jane Nickman.

… …

Kruja, la mujer del cantinero del Cuartel General, se lo repetía a diario e Ehliya:

—«Evita las patadas, hija, evita las patadas...

¿Qué adelantas con dejar que te peguen? Tu cuerpo está todo sonrosado: estás cubierta de golpes de esos brutos... ¡Evítalos, mujer, evítalos!... Cuando veas que hay oficiales en un sitio, pues no vayas...»

Y es que Ehliya tenía libre acceso a todas las dependencias del esférico Cuartel..., siempre que no hubiera oficiales.

Los oficiales uranianos no se dejaban influenciar en absoluto por las macabras pantomimas de la muchachita, la cual no desperdiciaba ocasión de trabar «amistad» con los cadáveres para que éstos comunicasen al hermano de su madre recados de su parte.

A Ehliya se la toleraba porque se decía que así era el deseo del general Rhukata, aunque nadie podía afirmar que el anciano Organizador se lo hubiera dicho personalmente.

De ahí que ¡pobre de la jovencita si se le ocurría meterse en un avispero de oficiales! Le caía tal lluvia de patadas y de insultos, que tenía que salir huyendo.

Con los soldados sí tenía Ehliya ascendiente: todos temían a la tonta, se les erizaban sus grisáceos cabellos ante la idea de que pudiera encomendarles algún «encarguito» cuando murieran.

Por eso tío la trataban demasiado mal y se mostraban regocijados con sus tonterías.

No habiendo oficiales pues, la cosa iba bien. O no del todo mal, por lo menos.

Pero, como ya hemos dicho, ¡ay de Ehliya, como apareciese algún oficial!

Claro que Ehliya era tonta y no le preocupaban unas cuantas patadas de más o de menos.

Por eso se introdujo aquella mañana en el desierto salón de oficiales, ocupado tan sólo por el teniente Nhiskay, en plena contemplación de la copita de las dosis masivas de vitaminas variadas.

— ¿Qué se te ha perdido aquí, perra?—gruñó Nhiskay.

— ¡Ja, ja, ja...! No te enfades conmigo, guerrero valiente. Hace rato que atisbo por la ventana porque quiero hablarte de algo muy importante.

El peripuesto correo del Organizador vaciló. No tenía ni noción de qué cosa de importancia podría decirle la tonta. Pero puesto que ésta había confesado que llevaba rato mirando por la, ventana del patio, supuso que sus palabras podrían estar relacionadas con la capitán Yhakotri, recién salida a la sazón.

—Está bien—concedió, con su típica afectación, levantando una mano como si fuera a pronunciar un discurso ante las pantallas de TV—. Te escucho.

Ehliya entornó los ojos.

— ¿Has pensado—dijo, muy seria, como si fuera trascendental lo que preguntaba—en los perjuicios que a tu espíritu puede reportar el que yo trabe amistad con tu cadáver cuando mueras?

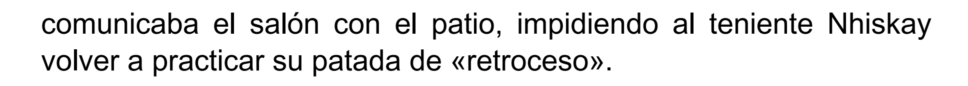
El teniente Nhiskay, dominando la risa con dificultad, creyó que le iba a dar una congestión. De tantas carcajadas comprimidas como se le salían por los ojos, le cayó una en su rojiza boca y la abrió para soltarla, divertido y asombrado ante la interrogación de la ingenua tonta.

No llegó, sin embargo, a abrir por completo la boca. Cuando iba por en medio del camino, frenó la carcajada, que se convirtió en una mueca de horrible desprecio y en una patada.

La mueca—se estaba riendo por detrás de la cara—se le quedó en el triangular semblante, pero la patada alcanzó a Ehliya en un costado y la hizo ir a meterse rodando debajo de la mesa de la copita de vitaminas.

El oficial se extrañó sobremanera del efecto tan raro que había imprimido a la muchacha con la coz. Y quiso volver a repetirla para fijarse en cómo era posible que, habiéndole dado la patada en una dirección, la tonta rodase en la contraria.

¡Pero cualquiera cogía ya a Ehliya! Había salido de debajo de la mesa y huía, lanzando carcajadas de pánico, hacia la puerta que


comunicaba el salón con el patio, impidiendo al teniente Nhiskay volver a practicar su patada de «retroceso».

… …

— ¡Eres un imbécil, Mhorsulo!—rugió el general Trohda, avanzando a la carrera hacia el ordenanza primero.

—Si... si es que... que iba a dar cuerda al reloj y... y se me ha caído—replicó el mofletudo interpelado, al parecer, muy nervioso.

— ¡¿Con tanta fuerza, imbécil?! ¡Has impedido que la desintegrara!

La diestra del jefe del contraespionaje uraniano chocó contra la mejilla del ordenanza, y el impacto, que acalló el tumulto de la Sala, además de hacer desaparecer de su sitio uno de los mofletes del hombre pequeñito y grueso, marcó el instante preciso en que éste enarboló por segunda vez el pesado reloj, que en esta ocasión dejó caer sobre la cabeza del general Trohda.

Fue instantáneo. Tan rápido, que la mayoría de los jefes del Imperio del Sol Poniente no tuvieron tiempo material de darse cuenta de por qué el general se estaba desplomando.

Algunas manos asieron al agresor y no le dejaron moverse. Y todos gritaron hasta que entró de nuevo la guardia y se lo llevó, juntamente con miss Nickman, quien, aún mareada, se tambaleaba al caminar.

El ordenanza, como si una secreta simpatía le atrajese hacia ella, la fue sosteniendo durante todo el metálico camino que siguieron hasta llegar a una celda, donde le introdujeron y la tuvo que dejar, no sin recibir unos cuantos golpes más de los que ya le habían propinado.

Apenas se cerró la puerta del oscuro calabozo tras él, rompiendo con sus verticales ojos las tinieblas a medida que se iba acostumbrando a la falta de luz, se dirigió a un bulto que había en un rincón y, en perfecto inglés, le susurró al oído:

—Míster Bruce, ¿está vivo todavía?

Y Gerald Harold Bruce, medio incorporándose, creyó estar viendo visiones al encontrarse frente a la triangular cara chupada del cuidador Nhorijeku, el taciturno hombrecillo que les había conducido en la carretilla mecánica desde el Valle de las Plantas Carnívoras hasta el principio de las aceras móviles del casco urbano de Zantro[4].

… …

… … … … … …

El anciano Organizador del Cuartel General, demostrando poseer una personalidad mucho más acusada que el resto de los jefes que alborotaban en la Sala de Juntas, logró sembrar un poco de calma y recoger una cosecha de relativo silencio.

—Lo sucedido—dijo en seguida—no tiene remedio ya. Al ordenanza y al espía terrestre que los fusile el teniente Ghrasku en el acto. A la capitán Yhakotri se la juzgará mañana por la muerte del dependiente del Salón de la Avenida de Trolimeh.

Aquel uraniano que anteriormente había salido de la Sala por indicación del jefe del contraespionaje, que ya había tornado a ocupar su sitio, al lado del que correspondía al general Trohda, vacío ahora, se levantó como un rayo y, con un fajo de plásticos audigrafiados en la mano, se encaminó a la cabecera de la mesa y se los entregó al general Rhukata.

Los miró éste y, cada rato más sorprendido, según iba leyendo, terminó por levantarse también.

— ¡Es asombroso!—habló por fin—. ¡En los plásticos del general Trohda dice que la capitán Yhakotri tampoco es tal!

— ¿Cómo, cómo...?—preguntó el general Kahi, el secretario de la junta, entornando los ojos—. ¿La bella muchacha del quimono de pájaros no pertenece al Ejército Suicida?

—No solamente no pertenece al Ejército Suicida—replicó el anciano Organizador—, sino que también es espía terrestre.

—Entonces podemos ahorrarnos los trámites de juzgarla por la muerte de ese... ¿cómo se llama...?—el general Kahi miró los plásticos que tenía ante él.

—Pletisu—dijo Rhukata—. Se la puede fusilar en la misma ceremonia que a los demás. ¿De acuerdo?

No hubo ninguna discordancia. Ni uno de los morados jefes del imperio del Sol Poniente dejó de mostrarse conforme.

— ¡Ordenanza!—chilló el general Rhutaka, innecesariamente, porque el ordenanza segundo estaba allí mismo, recogiendo los vidrios de la alfombra.

Cuando el llamado se enderezó, el general, reflejando su pensamiento en el ademán, se llevó la mano al estuche del revólver desintegrador.

— ¡Que se presente el oficial del piquete!

Todavía duraba el murmullo de aprobación con que había sido acogida la propuesta, del Organizador del Cuartel General cuando llegó a la Sala el teniente Ghrasku.

—Fusila «a lo terrestre» a los tres presos,

— ¿Al amanecer?—quiso enterarse bien el teniente.

— ¡Ahora mismo!

Un cuarto de hora más tarde, mientras en la Sala andaban locos buscando hasta por el suelo el sobre del último informe remitido al Cuartel por los científicos de los laboratorios de Titania, referente a la bomba de Ultra Hidrógeno, sobre que el general Rhutaka juraba y perjuraba haber mandado al jefe de la comisión supervisora de armamento, allí presente y que, a su vez, negaba rotundamente haberlo recibido, se escuchó, por encima de todo el revuelo, una descarga cerrada en el patio de ejecuciones.

Pero nadie la hizo caso. Y, menos que nadie, el perplejo, iracundo y excitadísimo Organizador del Cuartel General de Zantro, ocupado en tratar de explicar a los jefes que le rodeaban el misterio de cierto envío que, según figuraba en el libro de correspondencia, traído en un periquete por el teniente Nhiskay, habiendo bajado por la rampa de su despacho, llevaba la dirección de un tal Zayakhuno, nombre que había sonado en la Sala no mucho antes, residente en el Salón del Astronauta Solitario, denominación que igualmente había sido oída por todos, sito en la Avenida de Trolimeh...

Como es natural, el general Rhukata, que era responsable de un delito que tendría que pagar con la vida, acabó por relacionar a los agentes terrestres con el tan extraordinario como para él inexplicable envío, y se lamentó por haberse precipitado al mandarlos fusilar.

CAPITULO VII

No deseando hacer uso del ascensor, la tonta Ehliya, escalera arriba, no cesó de correr hasta que no llegó a lo que podríamos llamar el desván del esférico Cuartel.

Había subido tan velozmente que, al alcanzar el último piso, tuvo que detenerse a cobrar aliento. Su respiración anhelosa levantaba las solapas del quimono verde con vaivenes de fatiga y, de haber habido algún observador sumamente atento, puede que hubiese notado un bulto que desde el pecho, empujado por el desacompasado movimiento de las inspiraciones y expiraciones, caía, por debajo da la prenda de plástico, a la cintura, donde se paraba, detenido por el cinturón.

Expuesta a los rayos X. éstos hubieran revelado que se trataba de un sobre. Un sobre que apenas hacía unos minutos se encontraba debajo de una de las mesas del salón de oficiales...

Con las piernas temblorosas. Ehliya comenzó a saltarse una a una todas las vigas de aluminio, de tamaño desmedido, que se alineaban, paralelas, en el metálico piso.

Se dirigía al aljibe de agua destilada del Cuartel General.

Un gemido entrecortado que le llegó de repente a los oídos sin que supiera de dónde, la hizo pararse asombrada. Llevaba mucho tiempo visitando aquella parte de la enorme construcción y jamás había sucedido semejante cosa.

El gemido se repitió. Procedía de la derecha. Parecía un ladrido ahogado.

¡¿Sería un perro?! ¡Un perro terrestre!

De nuevo el lastimero quejido se dejó oír. y Ehliya, temiendo que el perro pudiera estar rabioso, pensó, continuar su camino.

Pero... ¿y si no era un perro?

—« ¡Ja, ja, ja...!—pensó en silencio—. ¿Cómo va a haber un perro de la Tierra en Urano? Esos animalitos no resisten el cambio de presión».

Con suma cautela, se acercó a la viga detrás de la cual estaba... lo que fuese.

Esperó unos segundos. Al otro lado del grueso bloque de aluminio reinaba una calma absoluta. Sacando fuerzas de flaqueza, ya que conservaba latente el temor de que pudiera tratarse de un perro, el cual le podía dar un mordisco, se asomó...

¡Era un hombre atado y amordazado!

—« ¿Qué significará esto?—se dijo, mientras saltaba al lado de allá de la viga. Y siguió, recordando su treta de aquella mañana en la casita de la Avenida de Uhgasto—: Debo cerciorarme de que no ha sido él el que se ha puesto las ligaduras».

Se agachó junto al individuo y comprobó que éste no se había atado a sí mismo. La obra, sin duda de ningún género, había sido realizada por otra persona.

Comenzó a desatarle. En la penumbra del desván no pudo deshacer los nudos de la mordaza con la celeridad que ella sabía, pero en cuanto se la quitó y quedó al descubierto la cara del hombre, lo reconoció: era el mofletudo Mhorsulo. el ordenanza primero de la Sala de Juntas, vestido con un quimono de cuidador, sucio de tierra y con la espalda pegajosa de defensa anti-planta, que se parecía mucho al de Vhora.

Sin ocultar el asombro que sentía, con mil y una ideas doblando sus interrogaciones en la mente, desciñó al hombrecillo los cables de acero que le aprisionaban las muñecas y los tobillos.

Mhorsulo se llenó los pulmones de aire y se quedó mirando a Ehliya. Cerró después los ojos y permaneció inmóvil en el suelo.

— ¡Ja, ja, ja...!—se rió la muchacha— ¿Quién te ha traído hasta aquí, ordenanza?

Este, para tragar saliva, abrió la boca unas cuantas veces como si estuviera dando las boqueadas.

—El cuidador Nhorijeku—explicó, entreabriendo los ojos.

— ¡Ja, ja, ja...!—lanzó otra carcajada la jovencita—. No sé quién es ese cuidador.

—Me lo encontré en la cantina. Me dijo que había encontrado un depósito de glucosa pura junto al aljibe y que, como yo tengo permiso para salir del Cuartel cuando me place, que me daría la mitad si le ayudaba a sacarla.

— ¿Y es verdad lo del depósito?—preguntó

Ehliya, se hubiera dicho que con una chispa de inquietud—. ¿Lo viste?

— ¡No...! ¡Ojalá vaya a parar al «estómago» de una planta raquítica! No vi nada. Así que estuvimos en lo alto de la escalera, pareció haberse vuelto loco...

— ¡Ja, ja, ja...! ¿Qué le pasó?

— ¡Yo qué sé! Empezó a decir no sé qué cosas extrañas de un río que seguía su curso...

Las mandíbulas de Ehliya se apretaron y casi rechinaron los dientes. Fue un segundo, el tiempo que necesitó para coger con las manos la cabeza de Mhorsuio. Después, con inusitada energía, le golpeó el cogote, repetida y tercamente, contra el suelo y el bloque de aluminio.

Sólo cuando el hombre dejó de mover los brazos en desesperado afán de sujetarla, cesó ella de golpearle, y, como ya estaba sin conocimiento, no tuvo problema para atarle, para lo cual se sirvió del fino cable de acero que le acababa de quitar.

Dejando al mofletudo ordenanza en el mismo sitio, y mejor amordazado aún que antes, Ehliya, saltando vigas y más vigas, llegó a la cisterna del agua destilada.

Separó una franja del metálico pavimento y extrajo por el boquete una ruidosa y antigua metralleta terrestre, de los tiempos en que todavía la pólvora pintaba algo en las llamadas «armas de fuego».

La depositó al lado de sus rodillas y tornó a introducir los brazos en el agujero. Sus manos sacaron esta vez media docena de cargadores, anacrónicos también, llenos de cápsulas de plomo.

Un brillo que se le puso de súbito en los ojos la hizo parpadear. Pero solamente un instante. Volvió a meter los brazos y ahora sacó un rollito de cable de acero, tan fino como el que servía para amarrar a Mhorsulo, con el que, con ayuda de los dientes, se ató a las muñecas las anchas bocamangas de su quimono verde. Acto seguido, deslizó tres cargadores en cada uno de sus brazos, dejándoselos caer desde arriba, desde el hombro, entre el revés del plástico y la carne, colocó la franja de aluminio en su sitio, asió la metralleta y se levantó.

Pisando la parte superior de las gruesas vigas que sobresalían del suelo, emprendió una marcha forzada que ni siquiera detuvo al llegar a la altura del ordenanza, inconsciente uraniano que manchaba el metálico pavimento con los pegotes de tierra del sucísimo quimono de Vhora.

Mientras bajaba la escalera, Ehliya pensó estremecida en las terribles consecuencias de que, por mala suerte, se le cayesen los cargadores que ocultaba en las mangas.

Al llegar al piso inmediato, donde ya podía haber soldados u oficiales, se metió la metralleta bajo la falda del quimono, con lo que tuvo, sin remedio, que disminuir la ya escasa velocidad del descenso.

Cuando estuvo en el patio, andando ya hacia la puerta del Cuartel General que ella sabía le convenía, iba con el cuerpo envarado, musitando silenciosas oraciones para que a ningún oficial se le ocurriera pegarla.

Contestó al soldado Lharu—que «pelaba» su guardia en la pasarela móvil—con una sonrisa y, sin el menor contratiempo, consiguió salir del esférico edificio de aluminio.

La mañana avanzaba en la atmósfera artificial de Zantro con la intensa claridad de los amplificadores de Sol de la Gran Central Generadora, y las ráfagas intermitentes de aire sobrevenían con cronométrica precisión.

Ehliya, en una de las aceras de velocidad moderada, rodeada de vendedores ambulantes y de soldados y de astronautas sin graduación, que no le prestaban atención alguna, comenzó a contornear el esférico Cuartel General.

… …
… … … … … …

Gerald Harold Bruce, como si los golpes que le habían dado antes en todo el cuerpo le hubieran lesionado el cerebro, dejó vagar una sonrisa casi amorfa y, con un dejo de desgana, respondió :

—Sí. Nhorijeku, creo que todavía estoy vivo.

Inmediatamente, como el que no quiere la cosa suspiró:

—Pero también el río sigue rápido su curso.

— ¡Y salta de risco en risco!—gritó el hombrecillo, agarrando al agente del Servicio de Inteligencia Intersideral por los hombros y zarandeándole como si, en lugar de un peso pesado, fuera una pluma o un muñeco de trapo.

Bruce consiguió con gran trabajo apartar al energúmeno y levantarse del suelo. Se había despojado del quimono de oficial y estaba vestido con el «mono» de los astronautas de «Urano».

— ¡Cómo habrían cambiado las cosas—dijo— de habernos identificado cuando nos trajo usted en la carretilla mecánica, miss Lom!

— ¡¿Cómo miss Lom?!—chilló el otro—. ¿Es que supone de veras que yo soy miss Lom? ¡Vamos, amigo...!

Gerald Harold Bruce, que escrutaba el triangular rostro morado de su interlocutor, se encogió de hombros.

—Déjese de comedias conmigo, miss Lom —insistió.

— ¿Cómo voy a ser yo miss Lom?—se rió el hombrecillo—. ¿No hay suficiente luz para que vea que soy demasiado feo?

—Sabe usted la consigna—repuso el astronauta—. Y además—

agregó, habiendo reconocido ya el quimono del falso ordenanza primero de la Sala de Juntas—, tiene usted un 3 en una de las correas de sus sandalias.

—Se equivoca, amigo—denegó el hombre pequeño, levantándose el quimono para que el agente secreto comprobara que no llevaba ningún número en las sandalias de suelo de plomo —. No hay ningún tres.

—Eso no cambia la cosa: usted sabe la consigna.

— ¿Y por saber la consigna he de ser miss Lom? ¡No me fastidie!

— ¡Entonces usted es...!

—Naturalmente, amigo: soy Tránmara Khewa, el encargado de investigar hasta dónde han llegado los científicos uranianos en sus estudios de la energía condensada.

—Aunque lo haya borrado posteriormente, no me niegue que tuvo un número 3 pintado en una de sus sandalias: en la derecha, para ser más preciso.

—No lo niego, míster Bruce.

— ¡¿Y qué motivo tenía usted para querer engañarme?!

— ¿Engañarle...? Yo no tenía ni motivo ni intención de engañarle, amigo. Quise, eso sí, infundirle confianza.

— ¡Haciéndose pasar por miss Lom!

—Me hubiera hecho pasar, con tal de evitar que lo desintegraran, hasta por la mesa de la Sala.

— ¡Pero hacerse pasar por Tres...!

— ¡¿Y qué quería, caramba, que me liara a escribir mi nombre o mi apellido?! ¡Pues sí que son ambos como para un apuro!

El ruido de las emplomadas sandalias de los soldados principió a oírse en el interior de la mazmorra. Tránmara Khewa tomó asiento en un rincón y Bruce, febrilmente, empezó a palpar las metálicas paredes de aluminio.

—Es inútil, míster Bruce—dijo Khewa—. No se canse buscando puertas secretas. Las mazmorras de Urano son más sólidas que el acero: ya sabe, aluminio sometido a un baño electrolítico endurecedor. Además, aunque pudiéramos, no íbamos a dejar aquí a la capitán Yhakotri, que debe ser tan astronauta suicida como usted.

— ¡Si no salimos, ¿cómo vamos a poder ayudarla?! ¡Ella es el agente sustituto Tres!

—No se preocupe, amigo. El sistema 7 K no deja de funcionar. Manténgase tranquilo ¡y apresúrese a sentarse! Si los soldados le encuentran de pie le van a moler a palos.

Cuando creían que los soldados iban a entrar, éstos, al lado de allá del tabique de aluminio, pasaron de largo.

—Van en busca de la bella muchacha—susurró Tránmara Khewa—, pero en seguida estarán aquí. No se le ocurra oponer resistencia. Déjese llevar con paciencia, que tiempo tendremos de cobramos.

— ¿Sí...?—dijo Bruce—. No sé cuándo.

—Cuando escuche la palmada de ataque a fondo, encárguese de arrastrar con usted a miss...

—Nickman. Jane Nickman.

—Bien, pues usted arrastra a miss Nickman y se encarga de cubrirle la retirada con su cuerpo. Si hubiese alguna variación, oirá otra palmada.

Los soldados uranianos, que ya estaban de vuelta, seguramente después de haber sacado a Jane Nickman del lugar donde la tuviesen encerrada, abrieron la puerta del calabozo.

El teniente Ghrasku, con aquel vozarrón suyo, que más de un copiador auditivo gastado debía haber fundido, ordenó a los cautivos que se levantaran y salieran al curvado pasillo.

Los dos hombres obedecieron sin rechistar. En el umbral de la puerta, con un freno de golpes, fueron detenidos los diminutos pies de miss Nickman, que pretendía asomarse al oscuro interior.

Catorce soldados del Ejército de Superficie, en dos filas de a siete, con los fusiles terrestres al brazo, llevaron en medio a los condenados a muerte, sin tomarse la molestia de amarrarlos.

¿Para qué iban a hacerlo? El teniente Ghrasku tenía mucha experiencia: había fusilado «a lo terrestre» a más espías que cualquier otro oficial del Imperio del Sol Poniente.

No. A él no le gustaba hacerlo. Pero se había especializado en la captura de espías y no había lío con ellos en el que él no se encontrara también. Parecía que la casualidad le obligaba.

«— ¡Matar seres indefensos!—murmuró, mientras marchaba al frente de todos—. ¡Si se les diera una oportunidad de salvarse, aunque fuera huyendo! Entonces mi desagradable misión se transformaría en una emocionante caza... ¡Pero matarlos así, a mansalva, fríamente...!»

Siempre ganando terreno hacia la puerta del patio de ejecuciones, el cerebro de Ghrasku seguía dándole vueltas a la idea.

«— ¡Ojalá echen a correr...! Bueno, tampoco sería emocionante: ¿qué probabilidades de escapar tendrían, desarmados, con mis catorce soldados aquí? Ninguna. Los acribillaríamos antes de que

hubieran corrido quince pasos...»

Volvió la cabeza para cerciorarse de que los prisioneros caminaban detrás, y masculló:

«— ¡Y a la conexión de los amplificadores de Sol dos, y ahora tres más...! ¡Ah, qué perra vida!»

Por asociación de ideas, al pronunciar con la imaginación la palabra «perra», le extrañó no ver por ninguna parte a la tonta Ehliya, la cual no se perdía un fusilamiento por aquello de buscarse amigos entre los cadáveres.

Los soldados, al salir al patio de ejecuciones, separaron aún más sus filas, cosa que el teniente aprobó.

Las ráfagas de aire de la Gran Central Generadora, como si no presintieran la tragedia que se iba a desarrollar sobre el arrugado pavimento de aluminio, mantenían tranquilo el ritmo de sus intermitencias.

Tanto Jane Nickman como Tránmara Khewa y Gerald Harold Bruce, que era el único que no llevaba quimono, marchaban erguidos, libres de preocupaciones, al parecer, como si en lugar de ir en busca de la muerte, fueran, pasillo adelante, guiados por el acomodador, atravesando el patio de butacas de algún coliseo terrestre.

Miss Nickman. aun estando algo ajado el quimono de aves de colores en fondo azul claro, avanzaba majestuosamente y, de no haber sido porque el bulto de un chichón le quitaba simetría a su peinado—rehecho sin duda, mientras estuvo encerrada—, se habría podido decir de ella que era una mujer feliz; Tránmara Khewa aún parecía, visto de espalda, el ordenanza primero de la Sala de Juntas—cuyo quimono vestía—, porque su tipo salvo el rostro, era idéntico; Bruce, fantasmón que pisaba recio, con el «mono» de astronauta aumentaba el sabor futurista de la escena.

¡Ya estaban en el muro! El teniente Ghrasku alineó a los tres condenados a la misma distancia del alto bloque de acero y fue a reunirse con sus soldados, que aguardaban impacientes, con las armas prestas, la orden de cerrar las filas, y que obedecieron a su jefe como si les hubiera pinchado con la voz.

Luego, en el desierto patio el silencio semejó agrandarse. Gerald Harold Bruce, para el cual ya el cosmos había dejado prácticamente de existir, tan cerca se creía de la muerte, se puso a reflexionar sobre lo que le dijera Khewa en el calabozo.

—« ¡Cuando oiga la palmada de ataque a fondo...! ¡Qué ironía! ¡Seguramente ha querido darme ánimo otra vez! ¡Nos encontramos a menos de un minuto del Más Allá...!»

— ¡Apunten!—rugió el teniente Ghrasku; y pocos segundos más tarde, llenándose los pulmones de aire dispuesto a gritar la voz ejecutiva, miró a los reos.

Tránmara. Khewa, demostrando un maravilloso dominio de nervios, se estuvo quieto hasta el instante justo, hasta el momento exacto, hasta el segundo preciso... Y cuando apenas faltaría otro tanto tiempo para que el oficial hablase, él dio una palmada y una larga descarga se oyó en el patio.

No partió del pelotón, naturalmente, sino de la metralleta de Ehliya, encaramada en lo alto del muro de aluminio endurecido y con sus cinco sentidos puestos en la ejecución de la ruidosa ráfaga de proyectiles, disparados en abanico, que abatieron a los soldados y al teniente Ghrasku.

Los tres prisioneros, con la sobrehumana energía que les daba las ganas de vivir—Jane Nickman y Khewa ayudados por el talludo Bruce, quien, a su vez. procedió a escalarlo mediante un salto que le llevó las palmas de las manos al borde, donde se agarró con el ansia y la seguridad que es de suponer—, treparon a toda prisa a la superficie superior del muro.

Cuando todos estuvieron arriba se dejaron caer al exterior del patio del Cuartel General y corrieron hacia un largo vehículo, con aspecto de bólido que se hallaba detenido en la calzada, junto al bordillo de la acera veloz.

A Gerald Harold Bruce, que llego el primero, al abrir la portezuela para que sus compañeros se metieran le cayó encima el cuerpo inanimado de un hombre.

¡Ja, ja, ja...!—se rió Ehliya, saltándoselo sin preocuparse al pasar al interior del vehículo— Es el chófer.

Bruce lo depositó, acostado, en la acera y ésta se lo llevó inmediatamente.

Al otro lado del muro del patio se oyeron las terebrantes notas de un silbato de mando imperativo.

Miss Nickman y Tránmara Khewa ya estaban dentro del bólido, y Bruce, penetrando también, lo puso en marcha y salieron disparados.

El vehículo, en las expertas manos del agente del Servicio de Inteligencia Intersideral, corría a esa velocidad que los astronautas saben imprimir a los artefactos que ruedan... cuando se olvidan de que en el suelo hay siempre un límite de espacio para maniobrar.

Haciendo caso omiso de las señales electrónicas, como una curva les saliera al paso, el chófer ocasional, torciendo el volante como si toda la Avenida fuese suya, se llevó por delante los bártulos

de un puestecito de vitaminas, cuyo dueño se quedó atrás vociferando.

¡Hay que huir...! La atmósfera del interior del bólido estaba llena de esa afirmación, exclamación y orden tajante, que todo lo era al mismo tiempo: afirmación, porque nadie dudaba del éxito de la escapatoria; exclamación, porque la llevaban incrustada con vehemencia en el cerebro; orden tajante, porque, costase lo que costase, no importaba que se estrellaran, había que desaparecer.

¡Hay que huir...! Eso era lo que se oía en el silencio de los cuatro ocupantes del rápido vehículo.

De pronto. Jane Nickrnan, que iba sentada atrás, con Khewa, debió cambiar de parecer. Mediante unos golpecitos en la ancha espalda de Gerald Harold Bruce, que estuvieron a punto de hacerle perder el dominio del bólido, llamándole la atención, le dijo:

— ¡Vuelva para atrás!

El asombro se hizo una fotografía instantánea en el triangular rostro morado de todos.

— ¿Dónde quiere que vayamos?—preguntó Bruce, dispuesto, desde luego, a cumplir la orden.

Y la instantánea admiración de los semblantes se amplió al escuchar la respuesta:

— ¡Al Cuartel General otra vez... y a toda velocidad!

El bólido, aumentando aún más, si cabe, la marcha, enfiló la primera avenida transversal que encontró en el camino.

— ¡Ja, ja, ja...!—lanzó Ehliya una carcajada—. Si vamos al Cuartel a buscar el sobre, no lo encontraremos.

Miss Nickman, estupefacta, la miró.

— ¡Ja, ja, ja...!—repitió la muchachita la carcajada—. No se asuste, «astronauta suicida», que si no lo encontramos allí es porque lo tengo yo... aquí.

Uniendo la acción a la palabra, rebuscó en su quimono verde y mostró el sobre que Jane Nickman había dejado pegado con cinta adhesiva en la mesa del salón de oficiales.

— ¡Si vieran qué patada me ha costado recogerlo! ¡Ja, ja, ja...! ¡Ha sido de retroceso!

—Gracias miss Lom—suspiró miss Nickman—. ¡No, no—rechazó la invitación tácita de hacerse cargo del sobre—, continúe teniéndolo usted, que está en buenas manos!

— ¿Itinerario N?—quiso saber Gerald Harold Bruce.

—Sí—repuso Jane Nickman—. Siga la ruta de antes.

— ¡Ja, ja, ja...!—se rió miss Lom—. Siento contradecirle, «capitán Yhakotri», pero me gusta más el itinerario F.

— ¡No se trata de gustos!—intervino, bastante áspero, Tránmara Khewa.

Bruce sin hacer caso de la intervención de este último, al cambiar el rumbo del raudo vehículo, para seguir el itinerario F, agarró pollos pelos otra curva y tuvo ocasión de demostrar la firme serenidad de sus nervios.

Las esféricas moles de las construcciones de aluminio se acercaron aterradoramente al parabrisas.

Miss Lom volvió a reír,

—Mis gustos son órdenes para ustedes—dijo luego—. Perdónenme si la primera que doy en diez meses me ha salido mal. Será falta de costumbre.

Miró a Gerald Harold Bruce y soltó otra carcajada de las suyas, destemplada y rotunda. Después, saltando en el asiento como si fuera en un caballo, permaneció en silencio.

Miss Nickman y Khewa cambiaron una interrogadora mirada. Ehliya, es decir, miss Lom, les vio en el espejo retrovisor de la cabina.

— ¡Ja, ja, ja...! ¡Ja, ja, ja...!—se rió como nunca—. ¡Están pensando que me he vuelto loca de veras!

—No—se apresuró a negar Tránmara Khewa—, nosotros...

La jovencita le interrumpió con una carcajada terrible. Terrible, no por la carcajada en sí, sino por el tono con que fue proferida. Espantoso tono que quitaba cualquier duda que hubiese respecto a la integridad de las facultades mentales de miss Lom.

— ¡No lo niegue, míster Khewa! ¡Todos ustedes piensan lo mismo... y llevan razón! Padezco un síndrome seudodemencial que está tomando caracteres alarmantes. A fuerza de repetir todo el día que soy tonta y que soy tonta y que soy tonta, y a fuerza de hacer tonterías y de hacer tonterías y de hacer tonterías, un día y otro y un día y otro y un día y otro, me lo he llegado a creer. Perdónenme que hable tanto, tanto, tanto... ¡Hasta hoy, hasta esta misma mañana, mis conversaciones más interesantes he tenido que sostenerlas con los muertos! ¡Con los cadáveres de los fusilados! ¡¿Se dan cuenta, se dan cuenta...?!

Tránmara Khewa, al ver que miss Lom iba a empezar a llorar, quiso consolarla.

—Noso...—comenzó a decir.

Jane Nickman, rápidamente, nerviosamente, rotundamente, le tapó la boca con la mano.

— ¡Ja, ja, ja...! ¡Con los cadáveres de los fusilados! ¡Siempre tratando de descubrir en alguno de ellos una señal, por pequeña

que fuera, de que pertenecían al sistema 7 K! ¡Al sistema 7 K...! ¡Porque ni yo los conocía a ellos, ni ellos a mí! ¡No podíamos conocemos..., no podíamos conocernos...! Nos habríamos delatado unos a otros, aun sin desearlo, en cuanto nos hubieran aplicado los detectores de mentiras... Teníamos que obrar con independencia...

Inició una carcajada, pero la convirtió en una especie de quejido que acabó en un entrecortado sollozo, el cual, inopinadamente, se hizo llanto incontenible.

Khewa miró a miss Nickman, y ésta, quitándole la mano de la boca, le susurró:

— ¡Silencio! El llanto calmará sus nervios.

Si en alguna ocasión estuvieron los agentes del Servicio de Inteligencia Intersideral a punto de perecer en Zantro, capital del Imperio del Sol Poniente, en el trayecto del itinerario F las probabilidades aumentaron lo indecible.

Porque Bruce, aunque ya tenía bastante con atender a los aparatos del salpicadero y con gobernar el bólido por entre el intenso tráfico de las anchísimas avenidas metálicas, soltó de repente una mano del volante y obligó a miss Lom a reclinarse en su pecho, donde la joven siguió llorando a lágrima viva en tanto que él, con suma presteza, volvía la mano a su sitio, justamente en el momento en que iban a chocar con otro vehículo, al que estaban alcanzando.

Por fortuna, salvo un brusquísimo viraje que les hizo amontonarse unos encima de otros, el suceso no tuvo más consecuencias. Pasaron rozando la parte posterior del bólido que iba delante y lo adelantaron como una exhalación.

Unos minutos después, con un frenazo imponente, Gerald Harold Bruce detuvo el bólido que conducía.

—Cubierto itinerario F—dijo, apresurándose a abrir las portezuelas.

— ¿Reactor?—preguntó Jane Nickman a miss Lom, ayudándola a descender.

—Helicóptero supersónico—hipó la aludida, sin cesar de llorar.

Se hallaban ante la amplísima puerta de un hangar, en cuyo interior se distinguían varios aparatos aéreos de diversos tipos y características.

— ¿Ritmo de la maniobra?—preguntó Bruce.

Miss Lom, que se iba serenando por instantes, no dio respuesta de palabra: se limitó a dar una palmada.

¡Una palmada! ¡La señal del ataque a fondo!

Y el hercúleo Bruce se empleó a fondo desde el primer

momento. Como preludio de lo que se avecinaba, cogió las cabezas de dos hombres, que habían salido del hangar a ver qué se les había perdido por allí a los recién llegados, y las golpeó, una contra otra, con toda la fuerza que le fue posible. No hace falta decir que ambos uranianos se cayeron redondos.

El agente secreto, como un autómata, se introdujo en el hangar y propinó un soberbio puñetazo a un tercer ocupante, el cual, lo mismo que los anteriores, acudía a enterarse de lo que sucedía.

Impertérrito, Bruce, mientras sus tres compañeros subían a bordo de un helicóptero supersónico que se encontraba cerca de la salida, prosiguió internándose en el enorme cobertizo.

Dos uranianos más conocieron la fuerza de sus puños antes de que el helicóptero principiase a rebasar la línea de la puerta; y otros tantos, que quisieron, a todas luces, ir a impedirlo, se encontraron de repente en el suelo sin conocimiento.

Gerald Harold Bruce no continuó más allá. El helicóptero estaba fuera y sus hélices horizontales giraban... Dio media vuelta y corrió con toda la velocidad de sus largas piernas. Una bala le arrancó un mechón de su grisáceo pelo ensortijado, y otra más, disparada con tan malas intenciones como la primera, tras llevársele una hombrera del «mono», fue a perderse a lo lejos, marcando su trayectoria con una estela de humo

El helicóptero ya se estaba elevando. Bruce, de un salto, se asió al tren de aterrizaje y se sintió levantado por el aire. Abajo, cinco hombres se echaron a la cara sendas armas largas desintegradores.

Miss Lom, que observaba desde la carlinga lo que ocurría, percatándose de que si aquellos individuos apretaban las palancas de los gatillos no dejarían de hacer blanco, empleó la metralleta una vez más aquella mañana.

Como en la pasada ocasión, también su puntería fue excelente. Los uranianos, como extrañados del estruendo de la antiquísima arma de pólvora, parecieron mirarse perplejos unos a otros. Después, como si se les hubiese cortado algún hilo que los sostuviera, acabaron por caerse amontonados.

De momento, el peligro estaba conjurado. Gerald Harold Bruce, ayudado eficazmente por Tránmara Khewa, había subido mientras tanto a bordo del helicóptero supersónico.

—Ruta Oeste, punto 13—ordenó miss Lom a Jane Nickman, que era la que pilotaba el aparato aéreo.

— ¡Al cosmódromo de las astronaves de guerra!

—En efecto—sonrió la muchachita, sentándose junto a miss

Nickman en tanto que los dos hombres cerraban la supe hermética carlinga.

De las profundidades donde se había quedado el hangar—esférico, como todos los edificios de Zantro—, surgió un modernísimo reactor pintado de gris.

—Nos persiguen—avisó Bruce.

—Aceleración máxima—mandó miss Lom.

—El reactor—prosiguió diciendo Bruce— también debe ser supersónico.

Lo era, efectivamente. Y tanto el helicóptero como él atravesaron en breve la barrera del sonido. Pero el reactor, por estar especialmente acondicionado para persecuciones de aquel tipo, tenía todas las de ganar.

—No hay solución—se lamentó Khewa, en voz baja, hablando con Gerald Harold Bruce—. El itinerario que debíamos haber seguido era el N, no el F.

—Final ruta Oeste a cinco segundos—dijo Jane Nickman, disponiéndose a iniciar el descenso.

—Aceleración máxima—repitió miss Lom, previendo que la otra iba a disminuir la velocidad—. Ruta Sur.

El helicóptero, mediante un rapidísimo giro de noventa grados, abandonó la ruta Oeste y siguió la Sur, perpendicular a la anterior. El reactor gris, cuyo piloto había observado la súbita maniobra, varió el rumbo también y se abalanzó sobre el helicóptero.

—Saiga de la bañera de sonido—ordenó miss Lom a miss Nickman.

El helicóptero, no sin que rechinaran hasta los más insignificantes de sus remaches, reduciendo temerariamente la velocidad, se quedó, de improviso, como colgado en el aire. El reactor, metido de lleno en su barrera supersónica, incapaz de imitar ahora la maniobra del helicóptero, lo rebasó y fue a perderse a lo lejos.

Miss Lom volvió a hablar:

—Vire—dijo. Y agregó—: Ruta Noroeste. Aceleración máxima.

— ¿Punto?—preguntó Jane Nickman.

—13, naturalmente.

El aparato de reacción, que había continuado su rumbo anterior, en dirección contraria al de los agentes del Servicio de Inteligencia Intersideral, ni siquiera se veía en la atmósfera artificial de la escafandra urbana, a cuyo redondeado límite, quizá, debía haber llegado.

El helicóptero, que no porque a miss Nickman le extrañase la

orden de Tres dejó de cumplirla al pie de la letra, cruzó un segundo sobre el alucinante Valle de las Plantas Carnívoras y avistó el cosmódromo de las astronaves de guerra, inmenso campo erizado de millares de puntiagudas proas metálicas que relucían al contacto con los rayos de los amplificadores de Sol de la Gran Central Generadora.

—Salga de la barrera del sonido—mandó miss Lom, en el instante en que un par de proyectiles desintegradores dirigidos—bien dirigidos desde luego—explotaron delante del helicóptero.

—Bombardeo de aviso—señaló Bruce, innecesariamente—. Nos dan una oportunidad para que descendamos.

—Descendamos—dijo miss Lom, como un eco—. Aceleración moderada.

— ¡¿Para eso hemos llegado hasta aquí?!—se asombró Tránmara Khewa—. ¡Podríamos haber dejado que nos fusilaran en el Cuartel y nos habríamos ahorrado molestias! En el cosmódromo hay millones de astronautas.

Miss Lom inició una carcajada que ahogó inmediatamente.

—No lo crea—denegó—. Usted juzga por el número de astronaves que se ven, pero yo sé que sus tripulaciones se están concentrando ante la residencia del Imperante. En el cosmódromo no quedan más que unas cuantas patrullas y los servidores de los proyectiles dirigidos.

El helicóptero supersónico, lenta y verticalmente, descendía sobre las naves intersiderales. Sus largas paletas giraban con suavidad alrededor de los vástagos de los rotores.

—Despejen el resalte del «tobogán»—ordenó miss Lom, con lo que Gerald Harold Bruce y Khewa, mirándose sus respectivas sandalias de suela de plomo, cambiaron de sitio los pies—. Maniobra de abandono. Lanzamiento por peso. Primero, al borde.

Bruce, dejando el asiento que ocupaba, se colocó, en cuclillas, mirando a uno de los transparentes tabiques laterales de la caranga, y se asió con ambas manos á una especie de asas que aparecieron en el suelo.

Dos nuevos proyectiles desintegradores, dirigidos de intento, como antes, un poco por delante de la proa del helicóptero, hicieron explosión en el aire.

—No quieren que nos arrepintamos—murmuró Tránmara Khewa.

—Están algo asombrados—afirmó Gerald Harold Bruce, sin soltarse. Y añadió—: No se explican nuestro descenso. Seguramente esperaban que huyéramos.

—Preparado el cambio de mandos—dijo Jane Nickman, dejando su puesto a miss Lom, quien se hizo cargo del gobierno del dócil aparato.

Bajaban sin cesar. Las poderosas astronaves de Urano, colocadas verticalmente en el cosmódromo, tenían ya sus brillantes proas muy próximas al tren de aterrizaje del helicóptero de los agentes secretos. Entre astronave y astronave quedaba un espacio prudencial ligeramente superior al necesario para que los escapes de sus respectivos reactores nucleares, al despegar, no echasen chorros de gases radiactivos sobre las colindantes.

Miss Lom, que iba descendiendo sobre uno de estos huecos, exclamó de pronto:

—Localizado fin maniobra. Atención.

En el suelo, acercándose al lugar donde parecía que el helicóptero se posaría, media docena de vehículos corrían a gran velocidad.

— ¡Uno!—gritó miss Lom, aferrándose a los timones de mando.

Miss Nickman y Khewa se agarraron a sendas asas, semejantes a las de Bruce, que aparecieron en el techo de la carlinga.

— ¡Dos!—gritó de nuevo miss Lom, cuando estaban a ciento cinco metros del suelo. .Y a continuación, cuando el altímetro marcaba noventa y cinco metros, deteniendo el descenso—: ¡¡ Tres!!

El helicóptero, contorneando rapidísimamente el desmesurado fuselaje de la astronave que tenía más cerca, se internó en aquel increíble bosque metálico y, haciendo vertiginosas eses, no paró hasta alcanzar el «fin de la maniobra de abandono»: la puerto de acceso a la sala de gobierno de una de las naves intersiderales ¡abierta!

—Peso A—dijo miss Lom, oyendo a lo lejos las estridentes notas de los silbatos de mando imperativo.

—A—repitió Gerald Harold Bruce, fuertemente sujeto a las asas del suelo, en el momento justo en que éste, descorriéndose automáticamente el tabique de la carlinga, se alargaba hacia afuera.

Era el «tobogán»—una larga y estrecha plancha, metálica, limitaba lateramente por dos tabiquitos—, cuyo extremo, con Bruce encima, se introdujo por la puerta de la astronave, situada cinco metros por debajo del helicóptero, o sea, a noventa del pavimento del cosmódromo.

—Peso B—volvió a hablar miss Lom.

—B—repitió Tránmara Khewa, que era el que más pesaba, después de Gerald Harold Bruce, tirándose materialmente de

cabeza por el plano inclinado del «tobogán».

—Peso C—indicó miss Tom, soltando los mandos del helicóptero al ver la seña que hacía Bruce con la mano.

Miss Nickman, que ya había pasado para entonces al asiento posterior del aparato, repitió la operación de sus dos compañeros de aventuras y se deslizó hacia la astronave, seguida de miss Tom.

— ¡Suelten asas!—grito Gerald Harold Bruce, desde el interior de la sala de gobierno.

Jane Nickman pulsó un botoncito y las asas del «tobogán» se desengancharon del piso de la astronave. El helicóptero, empujado por las ráfagas intermitentes de la Gran Central de Zantro, se desplazó hacia la derecha y, destrozadas las paletas de sus rotores al encontrar en sus giros el durísimo fuselaje de una astronave, se precipitó sobre los primeros vehículos de las patrullas uranianas.

Los silbatos de mando imperativo sonaron frenéticos, taladrando los oídos con sus enervantes estridores, y centenares de proyectiles desintegradores trataron de morder el liso metal de la nave de guerra del Imperio del Sol Poniente.

De súbito, como cortado por un tajo, el ruido del cosmódromo dejó de percibirse en la sala de gobierno: entre Tránmara Khewa y miss Nickman habían cerrado la puerta de acceso.

— ¡Adelante!—voceó miss Lom a Bruce.

Y éste, sin pérdida de tiempo, se elevó, voceando también:

— ¡La carga de los propulsores está completa! ¡En cuatro días nos ponemos en la Luna, sin que ningún uraniano nos pueda alcanzar!

— ¿En cuatro días?—preguntó Jane Nickman, como extrañada.

—Naturalmente—repuso Gerald Harold Bruce—. Si de la Luna a Urano tardamos cuatro días, de tirano a la Luna...

—Creí que sería menos—le interrumpió miss Nickman.

— ¿Menos...?

—Como ahora es cuesta abajo...

Bruce, Khewa y hasta la propia miss Nickman, soltaron una carcajada mayúscula.

Miss Lom, simulando estar observando en una pantalla televisora la esférica escafandra urbana de Zantro, que se iba perdiendo como un globito de luz en las profundidades del éter, se mordió los labios y permaneció seria. Ya había comenzado a reeducarse. El síndrome seudodemencial que padecía sería vencido pronto. Antes de llegar a la Luna.

EPILOGO

Tránmara Khewa, con la espalda apoyada en el alféizar de un ventanal, llevaba un rato hablando.

—...y entonces—decía en aquel instante—me tiré por la ovalada ventana y logré escabullirme en el Valle de las Plantas Carnívoras. Ya se imaginarán lo que comí durante cuatro días... Suprimí al cuidador que venía en la carretilla mecánica, y me vestí con su quimono, que tenía defensa anti-planta. Gracias a eso—apuntó con la barbilla a miss Nickman y a Bruce, los cuales se hallaban sentados en sendas butacas, a los lados de miss Lom—pude volver y ayudarles a salir del «estómago» de las plantas que les habían engullido.

— ¿Cómo no se le ocurrió insinuar la consigna en el trayecto del vivero al Cuartel?—preguntó .Tañe Nickman.

— ¡¿A. mí se me tenía que ocurrir?! ¿Por qué no se les ocurrió a ustedes? Al fin y al cabo, obligación suya era protegerme.

— ¡Cualquiera iba a pensar que el adusto cuidador que nos llevaba era un agente del Servicio de Inteligencia Intersideral!

—Menos podía yo sospechar entonces que los astronautas suicidas lo eran ¡Otro rumbo habrían tomado los acontecimientos...!

—También habrían tomado otro rumbo—le interrumpió miss Lom—si yo hubiese conocido la identidad de los integrantes del sistema 7 K. ¿Pero acaso se podía? ¿Qué hubiera sucedido al primer interrogatorio con detector de mentiras? Para mí eran números. Y yo, para ellos, Tres», sin concretar más. Sólo así podía funcionar el sistema 7 K.

Hizo una pausa y pidió luego a Khewa:

— ¿Tendría la bondad de abrir el ventanal? Hace mucho calor.

El hombrecillo obedeció en el acto. En el ventanal quedaron enmarcados varios blanquecinos cráteres del Satélite de la Tierra, de la Luna, sede del Servicio de Inteligencia Intersideral.

Miss Nickman respiró hondo cuando una ráfaga de aire fresco le dio en la cara, y dijo a Khewa:

— ¿Cómo se las arregló para hacerse pasar por el ordenanza primero?

—Supongo que no se refiere a las piezas de plástico que me introduje en la boca para abultarme los carrillos—habló velozmente

el aludido—, porque eso se cae de su peso. Conque le diré que, nada más entrar en el Cuartel por la pasarela móvil septentrional, me dirigí a la cantina, donde descubrí a Mhorsulo lamentándose de no haber podido conseguir cierta cantidad de glucosa de importación que le había prometido al teniente Nhiskay; y, bueno, le... le convencí para que se quedara quietecito en el desván, en las proximidades del depósito-arsenal número 9. El que nadie me reconociera, se explica fácilmente: además de las piezas de plástico citadas, yo imitaba la voz y los gestos del ordenanza, con cuyo quimono, por otra parte, me vestí. ¿Qué relación iba a encontrar nadie entre el taciturno cuidador, que tenía las mejillas tan hundidas como... las mías, y el limpio y locuaz ordenanza primero? Había demasiada diferencia entre uno y otro. En la Sala de Juntas, sitio que elegí, como comprenderán, por considerarlo ideal para llevar a buen término mi investigación, presencié, bastante asombrado, por cierto, lo que le ocurrió al «capitán Sihteku».

— ¡Qué sensación de estupor—dijo Bruce— cuando vi el 3 que se pintó en la sandalia...! Pero, claro, lo confundí con miss Lom.

—Hasta para la tonta Ehliya—sonrió ésta— hubiese sido imposible caracterizarse convincentemente de hombre grueso y chiquitín.

—Todo habría sido que se lo hubiera propuesto—aseguró Tránmara Khewa—. Lo de míster Bruce no tuvo importancia, porque el jefe del contraespionaje lo desenmascaró sin lugar a dudas. Más peliagudo fue lo de la «capitán Yhakotri». Yo no estaba seguro de si sería también agente del Servicio de Inteligencia Intersideral. No obstante, me dije que los había sacado juntos de las plantas carnívoras que los habían engullido y me dejé llevar por mi intuición. Creo que le salvé la vida con aquel golpazo con el reloj: el general Trohda, a quien, como les conté durante el viaje, di lo suyo, la hubiera desintegrado. ¿Tuvo usted, miss Lom, alguna dificultad con el «mensajero flotante»?

—No—contestó la jovencita—, salvo que se me metió en la cabeza que podía ser un perro rabioso. ¡Me lo dejó en un lugar tan inesperado!

—Eso es lo que, a mi entender—arguyó Khewa—, tienen de malo los «mensajeros flotantes» del sistema 7 K: son ¿cómo diría?, demasiado casuales.

—Quizá lo sean—repuso miss Lom—. Pero precisamente por eso son efectivos. ¿Usted supone que, a la fuerza, Mhorsulo me hubiera dado la contraseña de alarma? Solamente podía dármela sin saberlo.

—Lleva usted razón—terció Jane Nickman, quien, a su vez, preguntó a miss Lom—: ¿Le fue difícil hacerse con el bólido?

—La ejecución de esa parte del plan carece de interés: amenacé al conductor con la metralleta—cerró los ojos como si tuviera algún dolor—y, después, le golpeé la cabeza con la culata. Me puse al volante y conduje el raudo vehículo hasta frente al muro del patio de ejecuciones del Cuartel General...

Durante un momento nadie dijo nada. Luego Khewa expresó de viva voz su pensamiento:

—Cuando el Imperante deponga los humos —dijo—, que los ha de deponer, puesto que ya le ha lanzado la Tierra un ultimátum firmísimo, y podamos volver a Zantro, cuando pasemos por delante del Cuartel tendremos presentimientos de muerte.

—Zayakhuno los tuvo, y de muerte segura, la mañana que me llevó con él a la casita de la Avenida de Uhgasto—recordó miss Lom—. ¡Pobre hombre, sucumbió para nada! ¡Si yo hubiera sabido, al menos, que en el arcón había una simplificada emisora de radio...!

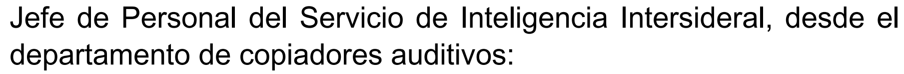
—La Tierra no habría estado ocho días sin noticias de Urano—asintió Tránmara Khewa—. Corrientemente—inquirió—, ¿desde dónde transmitía usted sus mensajes?

—Desde el lugar más inesperado—respondió la muchachita—: desde la electrorradioemisora del mismísimo Cuartel General, en una longitud de onda que podía captar cualquiera de las astronaves terrestres que hacen la ruta de Neptuno. ¡Pero si supieran ustedes la cantidad de promesas que tenía que hacer a los electrorradiotelegrafistas de no molestar a sus cadáveres con encargos para mi tío! Menos mal que ellos, a cambio, me dejaban corretear a mi antojo y hasta manipular en determinados aparatos. Había uno, sobre todo, que estaba empeñado en enseñarme electrorradiotelegrafía, ¡mas yo era tan torpe!

—La que era torpe—habló Gerald Harold Bruce, que, en lugar de intervenir en la conversación, llevaba mucho rato mirando a miss Lom—, era Ehliya, no usted. Olvídese de eso y continúe.

—Todo marchó bien hasta que un día apareció por la electrorradioemisora el general Trohda, con tan mala suerte para mí, que me encontró haciendo tonterías de las mías..., bueno, de las de Ehliya... Y amenazó con tan terribles castigos a los soldados, que ya éstos no se atrevieron ni a dejarme aproximar a la puerta de su dependencia.

Se callaron todos otra vez y, como el silencio se prolongara, surgió por un altavoz la pregunta que formulaba míster Denison, el


Jefe de Personal del Servicio de Inteligencia Intersideral, desde el departamento de copiadores auditivos:

— ¿Algo más?

—Nada míster Denison—repuso miss Lom por boca de todos—. Lo demás ya quedó grabado a bordo de la astronave uraniana.

—Bien—replicó el Jefe de Personal—. La astronave para la Tierra les está esperando en el cosmódromo. Pueden salir cuando gusten.

—Un momento—dijo Bruce, poniéndose en pie—. Deseo hablar antes con usted, míster Denison. Si es posible, en el departamento de ficheros electrónicos.

—De acuerdo—accedió el Jefe de Personal.

—Ustedes—propuso el agente secreto a sus compañeros—vayan andando hacia el cosmódromo. No tardaré ni cinco minutos.

… …
… … … … … …

Cuando Gerald Harold Bruce llegó al departamento de ficheros electrónicos, míster Denison, manipulando en uno de estos enormes aparatos, ya estaba allí.

—Si no le molestara...—comenzó a decir el muchacho, cuyo semblante morado, ahora, al compararlo con el blanco de míster Denison, resultaba extraordinario. Pero se detuvo, con sus verticales ojos clavados en un compartimiento del fichero, que estaba funcionando en la parte correspondiente a la letra E, y se llevó la mano a su grisáceo y ensortijado cabello.

— ¿Qué?—sonrió el calvo Jefe de Personal—. No tengo un pelo de tonto ¿verdad? Dígame, no obstante, lo que se le ofrece. Puedo haberme equivocado.

—No se ha equivocado—repuso Bruce—. Quería que me hablase de Ehliya y usted lo ha adivinado.

—Aquí está su ficha—siguió sonriendo míster Denison, cogiendo una carpetita que el fichero electrónico, entre millones, había seleccionado en escasos segundos—. Esto—prosiguió el Jefe de Personal del Servicio de Inteligencia Intersideral, abriendo la carpeta y sacando un plástico audiografiado—le mostrará el misterio de Ehliya. Tome, léalo.

Gerald H. Bruce pasó los ojos por el plástico. Decía así:

> «Querido Rhukata:
>
> «Me siento morir. Pero no moriría tanto si mi hija Ehliya, aquella florecilla viva que tal vez recuerdes,

muriera conmigo. Ella, hasta que el alma se le apagó, fue la alegría de mis años, y, cuando la desgracia se cebó en su mente, me convirtió en un hombre triste para siempre. Ahora, que va a quedarse desamparada, te la envío con la esperanza de que la recojas».

«Cuídala, guerrero invencible, dedícale algunos de tus preciosos minutos y vela por ella. Sé que has de hacerlo— ¡tienes que hacerlo!—y muero más tranquilo».

«Estoy enterado de que, sin mucho tardar, emprenderéis la guerra contra Venus. Que la satisfacción de la victoria por el Imperante te acompañe, Rhukata».

Zuicrue»

—Al morir Zuicrue—explicó míster Denison— Ehliya, acompañada por un viejo criado que había sido astronauta en su juventud, emprendió el viaje desde Ariel a Zantro. El criado, pese a la escasa distancia, no pudo resistir los cambios de presión y pereció en pleno éter, donde una de nuestras astronaves encontró la del difunto Zuicrue. Y eso es todo: una Ehliya llegó al Cuartel General con la carta de Zuicrue, y otra Ehliya fue traída aquí.

— ¡Entonces Ehliya existe!

—En efecto. Está en la Tierra, en un Hospital, donde van a proceder a extraerle una esquirla de hueso que ejerce sobre su cerebro una presión anormal. Le advierto—siguió explicando míster Denison, al ver que Bruce avanzaba su puntiaguda barbilla—que miss Lom ha estado actuando en Zantro muchos meses: desde antes de empezar Urano la guerra contra Venus.

— ¿Se parecen miss Lom y Ehliya?

—No. no se parecen en nada. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque el general Rhukata...

—El Organizador del Cuartel General había visto a Ehliya cuando era pequeña, «antes» del golpe que recibió en la cabeza, cuando, lo dice el plástico de su padre, «era una florecida viva». Por eso pudo miss Lom suplantarla con éxito.

—Ya comprendo—murmuró Gerald Harold Bruce—. Le quedo muy agradecido por su amabilidad.

—No tiene importancia. Me he dado cuenta de que está usted enamorado de miss Lom. Cásese con ella y que sean felices. Los dos se lo merecen.

Míster Denison, que ya había devuelto la ficha al aparato electrónico, estrechó la morada mano de Bruce y éste, rápidamente, salió del departamento y se encaminó al cosmódromo.

FIN

Cuando la Humanidad se percató que era víctima de una diabólica conjura, descubrió también su impotencia para combatir al enemigo. Los ejércitos, las organizaciones policíacas y las mentes más poderosas eran simples juguetes de

EL HORROR INVISIBLE

Un arma que se dispara sola, sombras misteriosas que se recortan entre la lluvia, platillos volantes que nadie ve y sólo el radar los detecta... Y un planeta llamado «Muerte» cuya existencia jamás fue sospechada pese a su proximidad a la Tierra.

KAREL STERLING

plantea y resuelve en esta su última obra la más sensacional intriga que la ciencia-ficción pueda ofrecer a los lectores. Porque

EL HORROR INVISIBLE

es un relato tan audaz y magistralmente conseguido que figurará para siempre en los anales del más apasionante de los géneros literarios. No deje usted de adquirir esta sorprendente novela que publicará en su próximo número la colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*

Notas

[←1]

Véase «SIN NOTICIAS DE URANO», obra donde comienzan estas aventuras.

[←2]

Satélite de Urano.

[←3]

Véase «SIN NOTICIAS DE URANO».

[←4]

Véase «SIN NOTICIAS DE URANO».